

HELL, EL MAGO

ROY ROWAN

HELL, EL MAGO

ROY ROWAN

HELL, EL MAGO

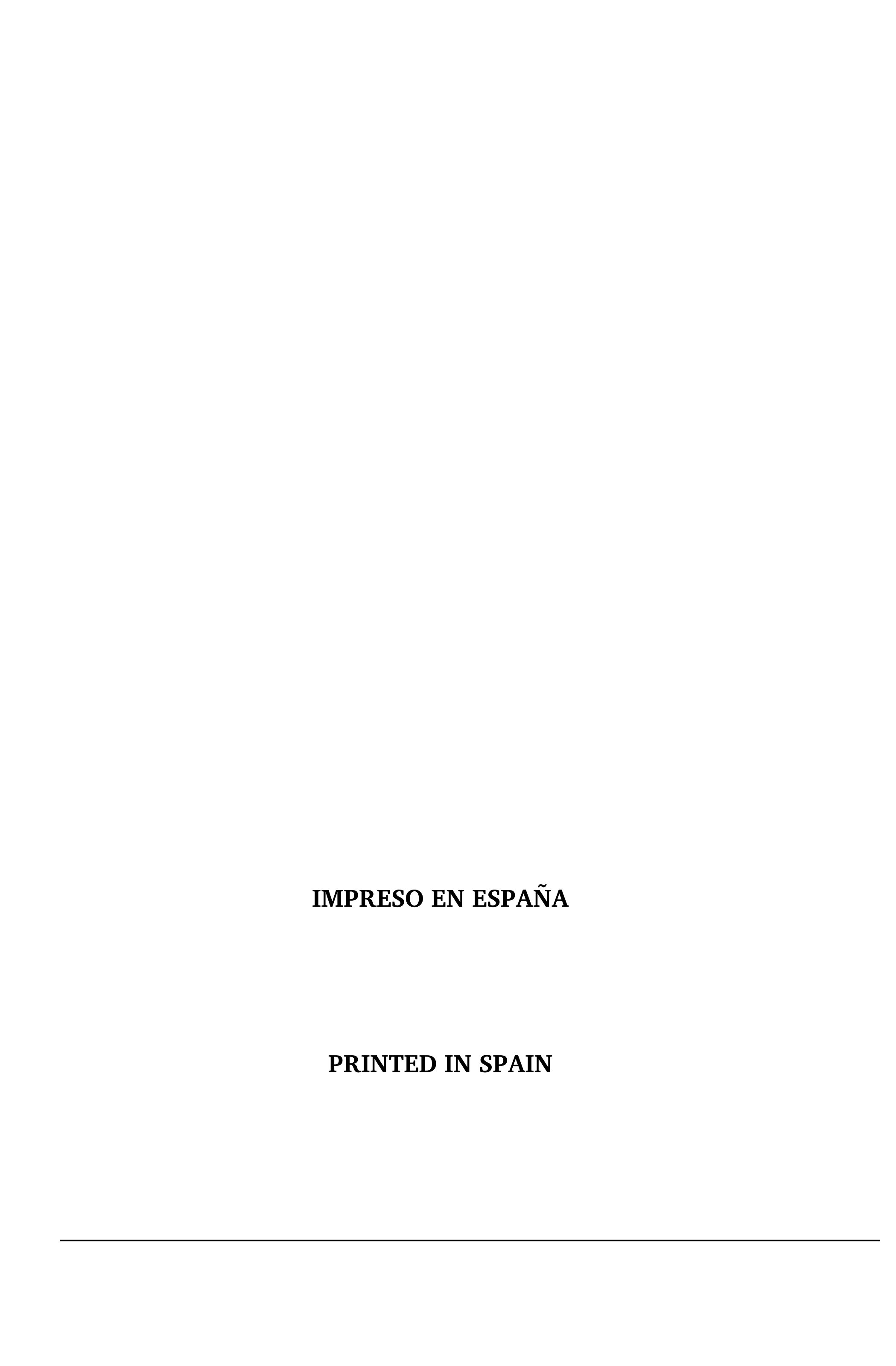
Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151

BUENOS AIRES



IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20. Barcelona

Capítulo primero

LA PIPER «Comanche» volaba a baja altura, a muy pocos metros de las copas de los robustos árboles amazónicos. Era una avioneta privada capaz para cuatro pasajeros, a cuyo paso escapaban los animales de la selva huyendo de aquel ruido raro y desconocido.

El aparato, blanco, contrastaba notablemente con el verdor de la selva y de la maleza.

—Es maravilloso… ¡Debimos venir mucho antes! —exclamó una voz dentro de la máquina, emocionada por tanta belleza.

—Sí, señorita.

—¡Mirad, allí hay un gran río!

—Es el Amazonas —repuso la voz del piloto.

Este era un hombre joven, rubio. Permanecía atento a los mandos del aparato, pero no por ello dejaba de observar la hermosa panorámica que se le ofrecía llena de esplendor.

—¡El Amazonas!

—Sí, señorita.

—Mi cámara… ¿Dónde está mi cámara?

—Aquí.

Eran dos mujeres las que hablaban; una de ellas sobresaltada e inquieta. Era joven, pues tendría unos veintidós años y tenía el aire característico de la gente adinerada.

La otra, aunque no pasaría de los treinta, tenía un aspecto mucho más serio. Usaba gafas de montura oscura y tenía todo el aspecto de ser una intelectual.

La más joven reía sin cesar.

¡Estaba encantada con aquel vuelo!

Empuñó la máquina fotográfica y empezó a tomar placas a través del cristal de la carlinga.

La avioneta se dirigía hacia un claro de la selva y confió en que allí hubiera un poblado. Sería un buen recuerdo para su regreso a Boston, pues mostraría las fotografías a sus amistades y estas quedarían maravilladas como ella lo estaba ahora.

El claro apareció súbitamente.

Era un poblado indígena.

—¡Magnífico! —exclamó.

La máquina empezó a funcionar guiada por los rápidos movimientos de la joven.

—¡David!

El piloto se giró.

—Diga, señorita Graig.

—Dé la vuelta, por favor.

—Sí.

—Creo que estamos perdiendo mucho tiempo, señorita —intervino la otra mujer sin parpadear.

—No, es solo un momento.

—Pero…

La Piper se había inclinado sobre el ala y se dirigía de nuevo hacia el claro de la selva.

Todo era normal, muy normal.

Un piloto de alquiler, una joven americana llena de dinero y con ganas de ver el mundo y una secretaria-guardián muy bella, pero con aspecto de cancerbero.

El claro reapareció ante la vista de las tres personas extrañas.

Las chozas indígenas salpicaban el claro y se veían algunos utensilios abandonados en la tierra. Incluso había una fogata de la que salía una débil columna de humo.

Pero no se veía ni un solo aborigen.

Holly Graig, la rica turista, esperaba que salieran salvajes y empezaran a correr hacia la selva asustados por el paso de la avioneta que a ellos les parecía un pájaro de enormes proporciones.

Sin embargo, no iba a ser así.

El poblado parecía desierto.

—Qué raro… —dijo Holly, sorprendida.

David Slavitt, el piloto, dio la espalda a los mandos para responder a su pasajera.

Lo hizo con toda naturalidad.

Pero en este preciso instante su instinto de profesional le dijo que estaba a punto de caer a tierra, que algo funcionaba mal en los motores de la Piper.

Una sombra de muerte penetró en la carlinga del aparato.

* * *

El cuerpo de Mo parecía una roca.

Hacía ya más de quince minutos, aunque él no conocía la medida del tiempo de esta manera y solo había visto un reloj en su vida, que se mantenía en aquella postura imperturbable.

La mano derecha empuñaba una lanza de punta bien afilada y que esperaba clavar en el cuerpo del pájaro de vivos colores que revoloteaba entre las ramas.

Su carne era sumamente apetitosa, pero también muy difícil de cazar.

Contenía la respiración y esperaba con paciencia.

Tarde o temprano acabaría acercándose lo suficiente y entonces lo tendría al alcance de la lanza.

Mo era paciente.

Mo confiaba, aquella vez, en cazar a tan ansiado animal.

Empero, cuando más seguro estaba de su triunfo, le llegó a los oídos el sordo rugir de unos motores.

El ave se puso alerta.

Mo apretaba los labios y levantó ligeramente el brazo armado.

El corazón le palpitó con fuerza.

Y entonces, cuando ya el rugir del avión era ensordecedor, el pájaro acabó por asustarse y emprendió un rápido vuelo a través de las ramas de los árboles.

Mo quedó sorprendido y chasqueado.

¡De nuevo tendría que volver a intentarlo!

Levantó la cabeza, tomándose el fracaso con un poco de

filosofía. Lo que más tenía era tiempo.

Le gustó la máquina voladora.

Sabía que se llamaba avión.

Extasiado por aquella visión tan poco común en pleno centro de la selva amazónica, Mo fue siguiendo con la mirada los movimientos del aparato e intentó distinguir las facciones de sus ocupantes.

¿Cómo podrían los hombres blancos imitar a los pájaros y subir más alto que las copas de los árboles?

Magia.

* * *

La cabaña central del poblado era alargada. Solo tenía el techo, el suelo y unos troncos que servían de pilastras, por lo que carecía de paredes sólidas.

En su interior había dos hileras de lechos metálicos rodeados por sendas mosquiteras.

Las camas estaban todas ocupadas por gentes aborígenes, algunos de ellos vendados.

Entre los lechos se movían tres personas vestidas con batas blancas. Una de ellas era un hombre y las otras dos mujeres nativas que ejercían el trabajo de enfermeras.

De pronto, llegó hasta ellos el sonido metálico de un motor a explosión y todos levantaron las cabezas.

Incluso algunos heridos o enfermos se incorporaron en los lechos y quisieron saber lo que pasaba sobre sus cabezas.

El hombre blanco y las dos enfermeras salieron de la cabaña.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó una de ellas, aterrada.

—Nada importante, muchacha… Los hombres blancos pasan por encima de los árboles con sus máquinas.

—¿Aviones?

—Sí, aviones.

El doctor sonrió ante la perspicacia de la enfermera. Había procurado enseñarles cuantas cosas sabía y se alegraba cuando alguno de los nativos daba muestras de haber aprendido algo de sus lecciones.

Por lo menos las enfermeras y algunos hombres del poblado

sabían lo que era un avión, aunque no entendieran cómo volaba ni cómo alguien se atrevía a viajar en su interior.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar la misma muchacha, pasados los primeros síntomas de miedo.

—Cerca.

—¿Pasará por aquí?

—Tal vez.

Los árboles eran demasiado altos e impedían tener una visión más amplia del cielo que los rodeaba.

Esperaron unos minutos.

El avión seguía volando por los alrededores, pero ellos no pudieron distinguirlo. Luego, dio la impresión de que se alejaba por el limpio cielo y el ruido dejó de escucharse.

Contrariadas, las dos enfermeras se volvieron hacia el doctor.

—¿Por qué no ha venido, doctor Judd?

—No habrán querido.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y sonrió.

Esta muestra de afecto pareció calmar las ansias de saber de las enfermeras y los tres regresaron al a cabaña para seguir atendiendo a los enfermos de las cercanías.

Judd Oakes estaba serio.

¿Cuánto tiempo hacía que no veía un avión?

Empezó a pensar y recordó que pasaba de los dos años.

Sí, cuando tenía veintiséis llegó al aeropuerto lleno de esperanzas. Aterrizó en Río de Janeiro en un vuelo con escalas procedente de Londres, Inglaterra.

¡Qué lejos quedaba todo!

No se arrepentía en absoluto de lo que había hecho, pero el paso de la avioneta por las cercanías le trajo lejanos recuerdos de la civilización, de sus amigos y sus juegos favoritos.

Si todo iba bien, en otro par de años podría tomarse unas vacaciones y regresar a su tierra natal.

Tenía veintiocho años, era alto y llevaba una gran barba, aunque no por gusto. Hacía meses que se le agotaron las cuchillas de afeitar y llevando barba se las arreglaba con unas tijeras.

Además, su aspecto tampoco preocupaba mucho a las gentes

con las que convivía.

Él era el doctor, el amigo de todos, el sabio que les solucionaba graves problemas pensando unos minutos, el consejero que les indicaba cómo debían comportarse y las mejores formas de cazar.

Y curaba.

En dos años había salvado muchas vidas humanas, pero, aun así, no le parecían suficientes.

De pronto, recordó que aquella tarde tenía una cita.

Hell le esperaba al atardecer en su poblado para hablarle de nuevos trucos.

Lo que pasaba en realidad era que él tenía que explicarle muchas cosas y decirle cómo curar enfermedades menores. De ahí que Hell fuera un gran amigo suyo.

Hell era posiblemente el indígena más inteligente que había encontrado. Era el brujo de una tribu próxima pero al mismo tiempo comprendía la ciencia blanca.

Por ejemplo, confiaba plenamente en la penicilina aunque jamás se hubiese atrevido a usar la aguja hipodérmica.

Judd Oakes sonrió de sus pensamientos.

Hell siempre fue un tipo curioso.

—Doctor…

Se sobresaltó.

Por un instante había quedado sumido en profundos pensamientos y se había olvidado de dónde estaba y lo que tenía que hacer.

—¡Oh, perdón!

—Doctor, uno de los enfermos tiene temperatura muy alta —habló la enfermera.

—¿Cuál?

—El número seis.

—Voy.

Caminó hacia el sexto lecho. Su ocupante era un hombre que había contraído unas fiebres desconocidas y sufría graves ataques de fiebre. Lamentándolo mucho, Judd se decía a sí mismo que no podría salvarlo.

Le tomó el pulso.

Estaba asiendo la muñeca del enfermo cuando oyó unos gritos a

sus espaldas y se giró.

—¡Doctor!… ¡Doctor…!

Era Mo, que venía corriendo.

Mo y el doctor habían simpatizado desde un principio.

A juzgar por las prisas y la cara del nativo, este traía malas noticias. Nunca lo había visto tan asustado.

Salió a su encuentro.

—¡Doctor…!

—¿Qué ocurre?

Mo llegó junto a él y cayó al suelo, completamente agotado por la violenta carrera.

—Vamos, ¿Qué pasa?

Mo temblaba, sudaba por todos los poros de su cuerpo y se estremecía como sacudido por un ataque de locura. Es más, sus ojos estaban desorbitados y parecían estar a punto de salirse de sus cuencas.

—¡Doctor!

—Cálmate, Mo… Vamos, calma.

Hombres, mujeres y niños habían salido de las cabañas y, estáticos, observaban la escena.

—Sí… Sí, doctor…

La verdad era que Judd estaba un tanto asustado.

—¿Qué has visto?

Mo volvió a estremecerse y se aferró con ambas manos a una pierna del hombre blanco.

—¿No quieres decírmelo?

—Sí…

—¿El qué?

Mo miró alrededor y añadió a media voz:

—El pájaro de hierro…

¡Por la mente de Judd pasó la idea de que la avioneta pudiera haber capotado en la selva!

—¿Ha caído?

—No.

La respuesta le sorprendió.

—¿Cómo?

Mo volvió a asegurarse de que nadie más le oía.

—No, doctor. Un árbol la ha tirado…

—Dirás que ha chocado contra un árbol.

—No, no.

—Bien, entiendo.

Pero no entendía nada, en realidad.

—¿Y qué más has visto? —preguntó.

—Nada… Corrí.

—¿Dónde ha sido?

—Yo estaba cazando y…

—Está bien, Mo, acompáñame hasta el lugar donde ha caído la avioneta. Es posible que alguien esté vivo.

Pero Mo, que siempre había sido solícito y atento con él, se pegó al suelo y negó con la cabeza. ¡Tenía un miedo atroz!

¿Por qué?

Más de una vez había pasado un avión por aquella parte de la selva y jamás provocó tales sensaciones entre los nativos.

—¿No quieres venir, Mo?

El aludido se encogió aún más.

Estaba lívido y de nuevo volvía a sufrir como un ataque de demencia para sacudirse al compás de unos extraños espasmos.

—Está bien, iré solo.

—¡No! —gritó Mo, bruscamente.

De nuevo, lo asió por una pierna, pero esta vez para impedirle que saliera del poblado.

—No seas tonto, Mo… Los aviones también se estropean. Anda, suelta y espérame aquí.

Mo obedeció de mala gana.

A Judd le bastó una mirada para comprender que todos los aborígenes del poblado estaban aterrados.

La superstición, contra la que había intentado luchar sin resultados muy positivos, volvía a adueñarse de sus almas.

Se encaró con las enfermeras y gritó:

—¡Preparen todo para una intervención de urgencia!

—Sí, doctor —repuso una de ellas.

Luego, Judd corrió hacia la selva, con la esperanza de que

alguno de los ocupantes de la avioneta todavía permaneciera vivo y pudiera prestarle alguna ayuda.

Tras él, Mo lo vio correr y se incorporó ligeramente.

Judd iba al lugar que él no quería volver a ver.

—¡Doctor! —gritó.

Pero era inútil.

Judd pensaba con la cabeza. Sabía que lo único que se puede temer en la selva son los animales salvajes y en los dos años que llevaba en la zona había aprendido a cuidarse de ellos.

Penetró en la maleza.

Se guio por la dirección que había traído Mo y el lugar por el que había sonado el ruido de la avioneta.

Pensó que podía haber heridos dentro del aparato.

¡Carecía de lo más vital para una operación!

De repente, se detuvo.

¡Notó un extraño silencio!

Jamás la selva había estado tan callada.

¡No había ni un solo animal que delatara su presencia con un ruido o grito, ni siquiera el roce de las ramas!

Por primera vez, sintió miedo.

Él no era supersticioso, pero la selva era bulliciosa y cuando los animales callaban era porque el instinto de supervivencia los había hecho emigrar a zonas más seguras.

¿Por qué?

La avioneta habría capotado y producido mucho ruido al caer entre los árboles.

Entonces, si era así, ¿por qué él no había escuchado nada desde su pequeño hospital?

La pregunta bailó en su mente y le preocupó.

Continuó avanzando.

No olía a gasolina ni veía fuego.

Los árboles seguían intactos.

La selva callada como una tumba.

Se sintió solo, terriblemente solo. Y lamentó no haberse traído el rifle que compró en Río.

Tal vez ahora pudiera necesitarlo, aunque él fuera un doctor y

su misión curar.

Dio unos cuantos pasos más.

Y, entonces, vio el cuerpo de una mujer blanca tendido en el suelo y con las ropas manchadas de sangre.

El corazón le dio un vuelco y corrió hacia el cuerpo con la esperanza de hallarla con vida. El miedo que durante unos segundos había sentido se disipó como por ensalmo.

¡Volvía a ser Judd Oakes, el doctor perdido en la selva, que prestaba sus servicios por simple humanidad!

Se arrodilló junto a la mujer.

Era joven, rubia. Tenía los cabellos muy revueltos y la cara contusionada, además de una herida en la espalda por la que sangraba.

Sin pensarlo dos veces tomó el cuerpo entre sus brazos y emprendió el camino de regreso.

Más tarde volvería para inspeccionar el terreno.

Capítulo II

TODOS los moradores del poblado esperaban el regreso de Judd, aunque no se movieron de sus cabañas.

Respecto a Mo: se había refugiado en el hospital-escuela y allí temblaba como si estuviera envenenado. Sus espasmos eran visibles y lo suficientemente alarmantes como para que el poblado entero se hallara bajo una onda psíquica de terror.,

Mo era uno de los más valientes cazadores.

Los dioses querían castigarlos.

Ignoraban los motivos, pero esto era lo menos importante.

De pronto, cuando Judd apareció con la mujer rubia entre los brazos y prosiguió su camino hacia el hospital, algunas cabezas se asomaron por las cabañas.

¡Judd era para ellos casi tan sagrado como los dioses a los que adoraban!

Casi…

El hombre blanco no dijo nada hasta que llevó la extraña mujer a un lecho y la tumbó en él.

Las dos enfermeras permanecieron inmóviles.

—¡Vamos, agua caliente! —ordenó Oakes.

Por fin ellas se movieron y fueron en busca de lo pedido.

Judd volvió a la inconsciente muchacha rubia y le rasgó la camisa por la espalda.

Cierto, estaba herida aunque no era de consideración. Tenía solo un arañazo y un golpe fuerte.

Tan pronto como las enfermeras retornaron, le lavó la herida, la

desinfectó y luego la cubrió con unas vendas.

Los golpes de la cara eran de menor consideración.

No había nada de peligro, pero…

La joven respiraba con dificultad. Estaba inconsciente pero daba la impresión de estar sufriendo una pesadilla. Su busto se movía alterado y sin compás.

—Habrá que darle un calmante —dijo Judd, pensando en voz alta.

Pero una de sus ayudantes fue a preparar una aguja hipodérmica.

—El calmante, doctor.

—Gracias.

Inyectó el líquido en el brazo de la desconocida.

—Tardará algo en recuperar el conocimiento. Cuando lo haga, y en caso de que yo esté ausente, que no hable. ¿Han entendido?

—Sí, doctor.

—Bien…

Judd se apartó del lecho y caminó hacia el lugar donde yacía Mo, todavía muy inquieto.

—Mo.

El indígena no se volvió, pero movió la cabeza.

—Mo, quiero hablar contigo.

—Sí…

—Cálmate… Oye, yo he estado en el lugar que a ti tanto te asusta y no he visto nada de… Bueno, ¿qué me dijiste al llegar?

—Un árbol tiró el pájaro de hierro, doctor.

—Sí, eso es.

Judd contestó dándole la razón para no porfiar. Los conocía a todos y a Mo desde hacía mucho tiempo. A fuerza de discutir no conseguiría hacerle cambiar de opinión.

—¿Nada? —preguntó Mo, sorprendido.

—No.

—¡Yo sí!

—No lo niego, Mo. Solo quiero decirte que quedándonos aquí tú no podrás demostrar que eso es verdad.

—¿Qué quiere?

El orgullo de guerrero, muy arraigado en el interior del indígena, se sublevó.

—Escucha, Mo; en el pájaro de acero viajarían más personas, más hombres o mujeres que pueden necesitar de nosotros. A ti siempre te ha gustado ayudar, Mo. Yo ayudo a los tuyos, no lo olvides.

—No lo olvido.

—Entonces…

—Yo vi la señal de les dioses. Aquel lugar es sagrado para ellos y, si voy otra vez, moriré.

—No.

Mo se giró bruscamente y lo miró directamente a los ojos.

—Usted no cree en el poder de nuestros dioses, pero ellos pueden castigarlo, si los hace enfadar.

—Ayúdame, Mo. Si tú vienes otros hombres te seguirán y podremos dar una batida en la salva.

Mo empezó a vacilar. Sentía un gran respeto hacia Judd y hasta podía decirse que lo quería como a un hermano, pero…

—Yo…

—Te aseguro que nada pasará. Llevaré el rifle y, además, regresaremos pronto.

—En este caso…

Judd le apoyó una mano en el hombro y Mo acabó poniéndose en pie. Sin embargo, su rictus de extrema seriedad no varió.

El doctor lo vio dirigirse hacia las demás cabañas y él se adentró en sus habitaciones. Fue hacia la habitación, abrió un viejo baúl y sacó un rifle engrasado.

Lo había comprado en Europa, pero nunca lo usó. A los nativos no les gustaba mucho el arma de fuego y el procuraba tenerla siempre bien escondida para que nadie sufriera malas tentaciones.

Estaba en un mundo lejano, extraño y apartado de la civilización.

Allí, un error pedía significar la muerte.

Cuando salió al centro del poblado ya se habían reunido un par de docenas de hombres, por muy poco totalmente desnudos, y le esperaban a él para ir al lugar del accidente.

Mo estaba en el centro del grupo.

—¿Listos? —preguntó Judd, procurando reír.

Asintieron con las cabezas.

Judd no se detuvo y continuó andando hacia el borde de la selva. Enseguida notó que los nativos no cantaban.

Estaban sumidos en el más absoluto silencio.

Incluso Judd llegó a tener la sensación de que iba solo.

¿Por qué tanto miedo?

Lo consideraba ridículo. A lo único que podían temer era a las serpientes venenosas y ellos adivinaban su presencia sin verlas. Eran muy pocos los mordidos por esta clase de reptiles.

Algo preocupado, prosiguió la marcha hasta llegar al sitio donde encontró a la muchacha.

Estaba desierto.

Se giró.

Los hombres que habían salido del poblado estaban con él, pero permanecían quietos como estatuas, con los ojos tan abiertos que el joven doctor tuvo la sensación de hallarse rodeado de locos.

—Hay que registrar la selva —dijo.

Ninguno se movió.

¡Aquel trozo de la selva seguía tan callado como una tumba!

Los animales habían huido.

—Vamos, ¿qué estáis esperando?

Vio cómo Mo tragaba saliva y hacía una seña a los demás indígenas.

Poco a poco, se fueron internando en la maleza. Judd fue tras ellos mientras quitaba el seguro del rifle.

¡Se estaba contagiando!

Por lo menos se oyó el crujir de las hojas secas bajo los pies de los hombres.

A juzgar por el sitio donde halló a la muchacha, el avión y sus demás ocupantes, vivos o muertos, no debían, estar muy lejos. Y si ella estaba viva era porque el aparato capotó algo suavemente entre las copas de los árboles, ya que de lo contrario el accidente hubiera sido mortal de necesidad.

De reojo, vigiló a los hombres que le acompañaban.

Tenían un miedo atroz.

—Mo —llamó.

El aludido se rezagó hasta quedar a su altura.

—Ya tiene lo que quería, doctor.

—Sí… Y te estoy muy agradecido, Mo.

—¿Y ahora?

—Dime, ¿les has dicho tú algo de lo que hablamos?

—No.

Judd vaciló.

Los hombres tenían los corazones encogidos como puños. Aquellos valientes cazadores estaban aterrados, obsesionados por el miedo.

—¿Nada de los dioses? —insistió Judd.

—Nada.

—¿Qué temen, entonces?

—Se han dado cuenta, doctor.

—¿De qué?

—Pues que es un lugar sagrado el que pisamos.

Judd estuvo a punto de soltar una carcajada, pero por suerte para él supo contenerse a tiempo y no demostrar la hilaridad que le producía la aguda superstición de los nativos.

—Mejor será que callemos. El avión no debe de estar lejos.

—Doctor…

Mo no había oído sus últimas palabras. Se le notaba concentrado en profundos pensamientos y, por fin, se volvió hacia él y le asió de un brazo con fuerza.

—¡Váyase!

—¿Qué dices?

—Este lugar es maldito. Morirá, doctor. Usted no cree en los dioses y ellos se enfadarán mucho más. Todavía está a tiempo de marcharse. Yo le acompañaré hasta el poblado —porfió Mo con gesto muy grave.

Judd seguía teniendo ganas de reír.

¡Al fin y al cabo, lo que él hacía era pura humanidad! Podía haber heridos entre los restos del avión.

—Gracias, Mo.

—¿Se queda?

—Sí.

Mo no dijo nada y se adelantó como enfadado.

¡Entonces, gritó alguien!

Judd sufrió un agudo sobresalto y apretó el rifle entre las manos con fuerza.

Los indígenas empezaron a correr hacia todos lados. Él no había entendido lo que significó el grito.

—¡Mo! —gritó.

Mo no contestó, pero lo vio correr por la selva y no dudó un solo segundo en ir tras él apartando la maleza con la culata del arma. La marcha duró unos segundos.

Luego, con brusquedad, todo volvió a la calma anterior.

Judd se detuvo a pocos pasos de Mo.

Sobre su cabeza, como envuelta en las ramas de un gigantesco árbol, estaba la avioneta.

¡Y estaba prácticamente intacta!

Era la cosa más extraña que Judd había visto en su vida. Si el aparato se hubiera estrellado…

Prefirió no pensar lo que seguía. El aparato se había estrellado por un fallo mecánico y la suerte había querido que quedara en aquella situación por casualidad.

La chica debió de caer al suelo o tal vez recuperó el conocimiento y salió de la avioneta. Cuando recobrara el conocimiento diría lo que había sucedido y todo quedaría aclarado.

—¿Lo ve, doctor?

Era Mo que le hablaba.

—Sí, ha sido un accidente.

Parpadeó el nativo.

—¿No ve que es imposible?

Judd sí lo veía, ¡pero era su sentido común el que se negaba a admitir que un árbol pudiera alargar las ramas y atrapar a un avión en pleno vuelo y así porque sí!

¡Y si lo pensaba es que estaba loco!

—Casualidad, Mo.

Ahora fue el nativo quien sonrió enigmáticamente.

—Como quiera.

—Sí, Mo… Oye, ¿se puede subir hasta el aparato?

—No.

—¿Por qué?

—Es sagrado.

Se volvió hacia los demás.

Vio demencia en las pupilas de los seres que le rodeaban.

Y tuvo miedo.

No al lugar, sino a lo que pudiera pasar por las sugestionadas mentes de los indígenas.

Tenía que averiguar, no obstante, si había alguien más en el aparato. También era posible que la muchacha pilotara por sí misma, pero algo le decía que no era así.

Tendría que hacerlo él.

Y Judd recordó que siempre fue un buen gimnasta, por lo que depositó el rifle al pie del árbol y se encaramó en el tronco del mismo dispuesto a escalarlo.

Lo hizo con facilidad y rapidez durante los dos primeros metros; luego empezó a jadear aunque el avance prosiguió.

Le faltaba poco para llegar a la avioneta cuando oyó voces alteradas a sus pies.

¿Se estarían enfadando porque subía al árbol?

Llegó a la primera rama y se asió a ella.

La avioneta apenas tenía el fuselaje deformado. Las portezuelas estaban abiertas.

Tuvo tiempo de ver que no había nadie en su interior, ni vivo ni muerto. Lo que más le llamó la atención fue una mancha de sangre en el suelo del aparato.

Sus sospechas estaban bien fundadas. La muchacha no había pilotado la avioneta, por lo que la sangre era de otra persona.

Fue entonces cuando notó aquel ligero pinchazo en la espalda y, repentinamente, la vista se le nubló. Le entró la sensación de flotar en el aire, de no pesar.

Perdió la noción de la realidad.

* * *

El pasillo era largo, tanto que el final parecía inalcanzable, algo perdido en el remoto infinito del espacio.

Se movió.

Al principio con normalidad, pero luego echó a correr desesperado, ansioso de salir de aquel angosto corredor, frío y oscuro como la misma muerte.

No sabía por qué estaba allí, ni dónde ni cómo.

Solo una cosa le bailaba en la mente: tenía que seguir, continuar.

Lo hizo.

Pero al final del corredor continuó estando tan lejos como antes.

Lejos, lejos, lejos…

Prosiguió la marcha, siempre corriendo y dando a sus piernas toda la velocidad posible. Al mismo tiempo le daba la impresión de estar flotando, era como si al pisar se eliminara la fuerza de la gravedad y ascendiera sin esfuerzo alguno.

Pero ¿iba a alguna parte?

El final del corredor seguía estando tan distante como al principio.

De pronto, una sombra difusa apareció en la distancia.

Su corazón se agitó.

Avanzó con mucha más rapidez.

La sombra empezó a tomar forma humana. Estaba inmóvil, como esperándole, y se dio cuenta de que era una mujer.

Contento, alborozado por la presencia de la mujer, avanzó hasta llegar junto a ella.

Entonces se dio cuenta de que era, joven y hermosa.

Y se detuvo.

Ella le miraba a los ojos y mantenía los labios apretados.

—Hola —dijo él, espontáneamente.

—Hola.

—¿Me esperaba?

—Sí.

—No conocía el camino y he tardado bastante.

—Solo un poco.

Ella respondía sonriendo y sin detenerse mucho a pensar.

Y a él le dio la sensación de que la conocía, de que la había visto anteriormente en otro lugar.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Pero no hizo nada para moverse.

Él se le acercó un poco más. Ella era un poco más baja y casi se rozaban. Notaba su aliento cálido, sensual.

De pronto, la mujer parpadeó y dijo:

—¿Adónde quiere ir?

—Pues…

¡No supo qué responder!

¿Adónde quería ir?

Había corrido por el pasillo pero sin saber hacia dónde ni por qué. Ahora se daba cuenta de ello y comprendía que era un extraño en aquel «país» de tan largos pasillos.

Pensó.

Y le dio la impresión de que miles de gusanos le mordían el cerebro, torturándoselo y haciéndole un daño horroroso.

Sintió náuseas.

¡Gusanos!

Repentinamente, notó que la mujer apoyaba una mano en su brazo izquierdo y, al tiempo que se apretaba cariñosamente a él, añadió:

—¿Le ocurre algo?

—No… No…

—¿No quiere venir conmigo?

—Sí.

—Vamos, entonces…

—¿Adónde?

¡Los gusanos volvieron a su imaginación! ¡De nuevo la cabeza pareció sufrir una descarga eléctrica!

Se estremeció.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —insistió la muchacha, solícita.

—Sí.

Entonces ella dio un paso al frente.

¿Adónde iban?

—¿Qué le ocurría a su mente que solo de pensar en un destino

esta sufría? No tenía un solo lugar al que dirigirse, ¿es que no conocía nada?

Tiró de su brazo con brusquedad y se apartó de la muchacha.

Ella le miró sorprendida, y asustada.

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿De verdad?… Si quiere, podemos llamar a un médico.

—¡No! —rugió.

—¿Por qué…?

—¡No, no quiero!

Se giró.

El pasillo estaba como siempre, con los dos extremos perdidos en el infinito.

Se sintió ahogado, molesto. Dejó de pensar que conocía a la mujer. Ella le inspiró desconfianza.

¡Sospechó incluso de sus propios pensamientos!

Y como si fuera perseguido por algún malvado, echó a correr de espaldas. Luego, en uno de aquellos poderosos saltos, dio media vuelta y abandonó a la joven.

¡Tenía miedo!

Capítulo III

ABRIÓ los ojos.

Un velo blanco la cubría. Sobresaltada, se incorporó en el lecho y dio un manotazo a la mosquitera.

Vio las otras camas, las dos enfermeras que caminaban entre ellas y algunos nativos por las cabañas del poblado.

Luego, se había salvado.

Una de las enfermeras la vio y corrió hacia ella.

—¡Está bien, no se preocupe! —casi gritó al ver los signos del miedo en el rostro de la mujer blanca.

—¿Habla mi idioma? —preguntó la enferma.

—Sí.

La enfermera llegó junto a ella y la hizo recostarse sobre el lecho con gestos dulces.

—Debe descansar.

—¿Dónde estoy?

—En la selva.

—¿Es esto un hospital?

—Sí.

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?

—La encontraron desmayada, después del accidente. Pero ahora no debe pensar en ello, sino descansar. El doctor Judd se enfadará, si la ve levantada.

—¿El doctor?

—Sí, nuestro doctor.

La enfermera hablaba con naturalidad y ella se sintió un poco

más tranquila, aunque no del todo. Holly Graig estaba pálida y ojerosa.

Por su mente vagaban recuerdos poco normales. Es más, diría que verdaderas pesadillas.

—Quiero verlo.

—¿A quién? —preguntó la enfermera, sorprendida.

—Al doctor.

—Lo verá más tarde. Ahora está muy ocupado con otros enfermos.

—Ya… ¿Y se ha salvado alguien más?

—Creo que no.

La nativa dejó caer la mosquitera, y Holly quedó nuevamente sola sobre el lecho.

Aunque todavía tenía imaginación y pensamientos.

¡Pobre Frieda y el piloto Slavitt!

Mientras la enfermera se alejaba, Holly cerró los ojos. La muerte de sus dos acompañantes le dolía mucho. Frieda nunca supo ser una amiga, pero era buena persona. Y el piloto muy joven.

Pensó cómo saldría de allí.

Claro que su padre era rico. Tan pronto como notaran su desaparición formaría un grupo de rescate y sería capaz de rastrear toda la selva amazónica.

Oyó un insistente tintineo.

¿Dónde sonaba?

Volvió a incorporarse en el lecho y miró alrededor. Aquel ruido la ponía nerviosa, ¡y la hacía sentir un lúgubre frío interior!

Todo lo que pudo distinguir fue una sombra que se movía agitadamente en el otro extremo del hospital, pero a veces desaparecía y entonces regresaba envuelta en una nube de humo azulado…

Era todo tan extraño.

¿Qué significaba aquello?

¿Por qué el doctor no había venido a verla todavía?

* * *

La figura era prácticamente irreconocible. Lo que debía ser la

cara estaba envuelta en una máscara de fibras de lana y solo se distinguían los puntos muy brillantes de dos ojos.

Las manos, los pies y alguna que otra parte visible del cuerpo aparecía pintada con colores vivos, muy vivos.

En el suelo había un pequeño montón de tierra azul que humeaba sin cesar.

Excepto Holly Graig, no había otro ser humano en el poblado que mirara los movimientos de este individuo.

¡Era sagrado!

El hombre enmascarado continuó bailando. Lo hacía en círculo, siempre alrededor de un cuerpo tendido en el suelo y totalmente inerte.

El cuerpo pertenecía a un hombre blanco.

Judd Oakes.

De pronto, el caído abrió los ojos.

El que bailaba musitó algunas palabras extrañas y activó sus movimientos dándoles mayor velocidad.

Judd lo vio, quiso moverse y notó que le era totalmente imposible. Daba la impresión de que era un cadáver con los ojos abiertos, como si ya estuviera en el Más Allá y todavía pudiera echar una ojeada al mundo de los vivos.

¿Por qué no ponerse en pie?

Pensó que jamás le había ocurrido nada semejante. Su cerebro, eso sí, funcionaba aunque algo abotargado.

Hizo un esfuerzo sobrehumano.

Su mano derecha logró moverse, ligeramente y posarse junto al montón de tierra azul.

Reconoció al danzarín.

Hell.

La palabra significaba infierno y el mismo brujo se la puso después de habérsela oído decir a él.

Sin embargo, Hell siempre lo respetó.

¿Había venido para salvarle de la muerte?

Hell solo salía de su poblado en casos muy importantes y cuando los «enfermos» eran también importantes.

¿Enfermo él?

¿Qué le había sucedido?

Recordó el árbol, la avioneta… Y también que había perdido el conocimiento.

Lo raro es que continuara con vida.

Finalmente, logró hacer fuerza con la mano extendida y su cuerpo se movió abandonando el letargo.

No era supersticioso ni tampoco se dejaba intimidar por las artimañas de Hell.

Pudo arrodillarse.

Hell se detuvo.

—Ya estás salvado, Judd —dijo.

—Gracias.

Judd sabía positivamente que los espasmos del brujo no le habían ayudado en nada, pero decir lo contrario hubiera sido tanto como provocar una agria discusión con Hell.

Poco a poco, se fue poniendo en pie y, al conseguirlo, se apoyó en uno de los troncos que mantenían el techo del hospital.

—¿Te sientes bien, Judd?

—Sí, Hell.

—Lo sabía.

—Ya te he dado las gracias.

Hell asintió con la cabeza.

—Los dioses te han perdonado.

—Muy bien.

—Pero no lo vuelvas a intentar, Judd.

Ahora sí que la sensatez de Oakes no pudo reprimir la respuesta adecuada:

—¿El qué, Hell?

—Penetrar en el terreno sagrado de los dioses.

—¿Desde cuándo se reservan tierra?

Hell vaciló.

¡Judd siempre le hacía preguntas difíciles!

—Ellos lo han ordenado.

—¿A quién?

—A mí.

La respuesta fue tajante.

—Entiendo.

—Entonces aléjate de aquel lugar. Si lo vuelves a repetir es posible que ya no pueda salvarte.

—Un momento, Hell.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Supón que no escucho tus consejos. ¿Quién ejecutaría la orden de tus dioses, en tal caso?

Hell se mantuvo callado.

Sus ojos despedían chispas.

—Habla.

—No lo sé… Ellos pueden hacer lo que quieran… El mismo rayo puede acabar contigo.

—¿Y qué es lo que me ha hecho dormir ahora?

—Los dioses.

Hell fue a inclinarse sobre el montón de tierra azul para tomarlo y salir de allí cuanto antes.

Las palabras del hombre blanco lo hacían enfadar.

—Espera —dijo el doctor.

—Ya he dicho bastante.

—No.

Y Judd lo asió por un brazo.

—No, no has hablado bastante, Hell.

Todos los músculos del brazo de Hell se tensaron violentamente. No había la menor duda de que se estaba enfadando.

Y en estos casos era un hombre peligroso.

Se soltó de un brusco tirón.

—¡Soy muy poderoso, Judd! —exclamó lleno de orgullo.

—¿Dónde están los otros ocupantes del avión?

—Los dioses lo saben.

—Vamos, Hell. Sé razonable y di dónde se hallan. No tienes ningún derecho a retenerlos por la fuerza. Y si están heridos yo soy quien ha de cuidarlos. No olvides que son de mi raza.

—Hablamos lenguas distintas.

—Sé razonable —insistió Judd.

—Lo soy… Y los dioses también. Pero, si sigues hablando así, Judd, puedes estar seguro de que se violentarán contra ti.

—¿Dónde están los otros hombres blancos?

—¡Déjame en paz!

Se estaban acalorando.

Judd sabía perfectamente que aquel era un juego peligroso y que con Hell había que tener mucho cuidado, porque aunque los nativos se dejaban llevar hasta el hospital para ser objeto de sus cuidados, Hell ejercía un dominio prácticamente absoluto sobre ellos.

Y estaban a cientos de kilómetros de la civilización.

—¡No pienso dejarte marchar, Hell! —gritó el joven.

—¡Te arrepentirás, Judd!

—Suelta a los hombres blancos y volveremos a ser amigos como antes, Hell.

—No.

A través de las fibras de liana vio los ojos encendidos del hechicero. No, Hell no volvería a ser su amigo. A partir de aquel momento quedaba formada una barrera infranqueable entre ambos.

Pero, ¿y los otros ocupantes de la avioneta?

¡No podía abandonarlos!

—Yo también tengo mis poderes, Hell.

—¿Me desafías?

—Es posible.

—Te arrepentirás, Judd. ¡Nunca has creído en mi poder, pero ahora te demostraré que los dioses están conmigo! ¡Acabarás pidiendo perdón de rodillas y suplicando que ellos acaben con tu vida, Judd!

—No lo…

Pero Hell dio media vuelta y se alejó rápidamente, dándole la espalda y declarándole enemigo.

Y lo que les ocurría a los enemigos de Hell era muy claro.

Había otros poblados, con otros dioses y enemigos de Hell. Pero si entraban en los dominios de este se quedaban en él para siempre y sin cabeza.

Era la ley de la selva y de la ignorancia.

Abatido, confuso y enojado, se volvió hacia los lechos donde yacían sus enfermos.

¿Cuánto tiempo estarían allí?

El que quisiera Hell. Y había algunos graves. Si los movían de

donde estaban morirían.

¿Se podía permitir semejante retraso?

¿Era humano?

No, no lo era.

Y él debía hacer todo lo posible por impedirlo, por luchar contra la ignorancia.

Dio una patada a las humeantes cenizas lanzándolas fuera del suelo del hospital.

Si se hubiera detenido a pensarlo tal vez no lo hubiera hecho y menos delante de todos. De hacerlo cualquier nativo se hubiera condenado a una muerte segura.

Pero Judd estaba cansado de la superstición.

Caminó hacia sus habitaciones, aunque no llegó a ellas porque entonces vio a la muchacha que había recogido en la selva y se detuvo junto a su lecho.

Ella estaba despierta.

Se miraron en silencio.

—¿Es usted el doctor? —preguntó Holly, algo sobrecogida por lo que había oído.

—Sí.

—¿Y ese hombre?

—¿Cuál?

—El que ha discutido con usted.

—Es un hechicero. Se cree con unos poderes que no tiene ningún humano y por eso habla de esa manera, pero no es peligroso.

Mentía.

—¿De verdad?

—Sí, puede estar tranquila.

—¿Y las personas que viajaban conmigo?

—No las hemos encontrado. Seguramente salieron con vida, o mal heridos, y se han perdido en la selva.

—¡Dios mío!

—Los hallaremos.

Judd más bien creía que no podría hacer nada por ellos, pero al menos daría esperanzas a la joven.

—Tiene que llamar a la policía.

—La más próxima está a doscientos kilómetros. Tardaríamos una semana en llegar hasta ellos. ¿Alguno de ellos era familiar suyo?

—No. Iba con una amiga y el piloto.

—Sí.

—¿Y tampoco han hallado sus cuerpos?

—No. Es posible que estén muertos. Tal vez fueron despedidos del aparato al chocar contra los árboles y por eso no los encontramos. Aunque todavía no me ha dicho usted cómo logró salir.

El rostro de Holly se ensombreció adquiriendo un rictus extraño.

Judd le dio la sensación de que la había visto con anterioridad, pero no en la selva.

¡Era como si la conociera de toda la vida!

Al notar que ella no respondía, añadió:

—Explíqueme lo que sucedió.

—Pues…

—¿No lo recuerda?

—Sí, esto es lo raro.

—Diga.

—Mire, de repente, mientras yo tomaba unas fotografías de un poblado indígena, un árbol subió hasta nosotros y nos atrapó como si hubiera formado una red con sus ramas.

Judd abrió la boca.

Aquella mujer no sabía lo que se decía.

—Pero…

—Sí, sé que va a tomarme por loca. Sin embargo yo me limito a repetir lo que vi, o lo que mis ojos creyeron ver.

¡Esto era hablar con sensatez!

Judd se alegró infinito de poder hablar con una persona culta, moderna y civilizada.

Lo único anormal era lo que sucedía y lo que ella había dicho, porque coincidía con lo relatado por Mo.

¿Debía creerlo por el hecho de que lo decía ella?

No, era imposible, monstruoso e irreal.

¿Y los poderes de Hell?

El hechicero había hablado de los dioses y de sus fuerzas como nunca lo había hecho anteriormente, ya que siempre se limitó a pequeñeces que nunca dan resultado.

Ocurría algo que él ignoraba.

En aquel instante comprendió que Hell era más importante de lo que había creído.

—¿No responde a lo que le he dicho, doctor? Usted, como médico, debe de saber muchas cosas:

—No tantas como quisiera. Un defecto óptico, sin lugar a dudas.

—Claro.

¿Y la forma en que había quedado la avioneta?

Prefirió no recordarlo.

—¿Se siente bien?

—Sí.

—Pronto podrá levantarse. Tiene una herida en la espalda, pero no es de importancia.

—Gracias, doctor.

Se unieron con la mirada y el pensamiento. Eran como dos náufragos en una isla perdida y llena de peligros. Judd, no obstante, se hubiera sentido contento si los riesgos hubieran sido solo naturales, de supervivencia.

¡Allí había algo insospechado y tenebroso!

—Descanse, señorita…

—Holly Graig.

—Judd Oakes, para servirla.

—¿Inglés?

—Sí.

—Se le nota en el acento.

Judd sonrió y se apartó del lecho.

El dolor de cabeza persistía. La última vez que lo sintió de esta forma fue durante los años que pasó en la Facultad, estudiando la carrera que había sido el sueño de su vida.

Hell le preocupaba.

Y también sus amenazas.

Entró en sus habitaciones y se tumbó sobre la cama,

manteniendo los ojos abiertos.

¿Qué hacer?

No halló una respuesta adecuada.

Su vida corría peligro y también la de aquella joven, seguramente millonaria cuyo padre le había dado el lujo de sobrevolar una de las partes más recónditas de la Tierra.

Le cabía la posibilidad de sacarla de allí, subir a una canoa y seguir la corriente del Amazonas.

Pero tampoco aquello era solución, porque Hell se enteraría rápidamente y podría acabar con ellos cuando quisiera. Además, todos los demás nativos lo tomarían como signo desfavorable.

Tenía que pensar otra cosa mejor.

Los párpados se le cerraron, sin que se diera cuenta.

Y luego, cuando quedó sumido en el mundo de los sueños, de nuevo regresó aquel pasillo de longitud infinita.

Su cerebro vagó en lo desconocido.

Capítulo IV

VIAJABA a una velocidad muy superior a cuanto él conocía. Veía las estrellas pasar a su lado y perderse en el espacio, a su espacio.

¿Acaso él era más rápido que la luz?

Aparentemente, sí.

Estaba sorprendido. No había ningún humano capaz de salir al espacio libremente y recorrerlo hasta más allá de lo que los observatorios habían podido mirar.

¿No era maravilloso?

Sí, tuvo la honda sensación de ser más importante, único. ¿Qué dirían los sabios espaciales del mundo cuando supieran de su aventura, cuando él regresara a la Tierra en unos segundos y les explicara que había ido más lejos que Vía Láctea?

Querrían saber cómo se convertiría en el hombre más importante del planeta.

Ahora se notó satisfecho.

Les explicaría que…

¿Qué les explicaría?

Esto le preocupó. Se esfumó la sensación de importancia y se vio solo en un mundo desconocido.

No sabía nada. Todo era mentira.

—No… No es verdad.

—Hola, doctor Oakes.

—¿Quién es usted?… Diga, ¿quién es?

—Tu amigo, Judd.

—¿Dónde está?

—En el espacio, flotando en los caminos infinitos y esperándote. ¿Por qué no vienes? Has tardado.

—No.

—Te llamé antes, Judd.

Guardó silencio.

Era su amigo, el espacio era subyugante y el mundo de lo desconocido le abría sus puertas.

¿Por qué no abandonarse y viajar?

No, no podía.

Holly Graig corría peligro y era incapaz de abandonarla a su suerte mientras él recorría lo desconocido.

—Ven, Judd.

—No.

—¿Por qué?

—No puedo… Ahora no.

—Estoy esperándote, Judd. Es la única oportunidad y no debes despreciar los favores de los dioses.

—No.

Se mantenía firme.

Una imperiosa fuerza interior le obligaba a negar continuamente. Entonces, pensó en lo que era.

¡Un humano!

Se conformaba con lo que tenía y se sabía necesitado por otras personas más desvalidas que él.

—Judd.

—Basta ya.

—¿Estás decidido?

—Sí.

—¿Lo has pensado bien?

—No iré.

De pronto, la visión del espacio empezó a difuminarse. Las estrellas dejaron de brillar.

Le dolió la cabeza.

Tuvo la sensación de que una prensa de acero le oprimía las sienes con intención de reventárselas. Fue como si su cerebro se

sintiera morir y él no pudiera hacer nada por evitarlo.

Era el fin, o algo más horrendo aún.

Sudó.

Sus sienes crujieron.

¡Iba a morir!

* * *

—¡No!

Su cuerpo dio un salto en el lecho y quedó sentado, con los ojos desorbitados y bañado en sudor.

¿Qué le pasaba?

¿Se estaba volviendo loco?

Parpadeó.

Había una sombra delante de él: era una persona. Hizo un esfuerzo y logró sobreponerse, de forma que se le aclaró la visión y pudo darse cuenta de que la muchacha blanca lo miraba sorprendida y aterrada.

—¿Se encuentra bien, doctor?

La voz sonó resquebrajada, pero dulce.

—Sí…

—Algo le ocurre.

—No sé.

—Ha debido de sufrir una pesadilla. Se agitaba en el lecho y murmuraba palabras extrañas.

—Sí una pesadilla.

Se apoyó en el borde del lecho con las manos y puso los pies en el suelo.

Sintió un mareo.

—¿Quiere que le ayude, doctor?

—Creo que no hará falta.

Y se izó por sus propios medios, aunque pronto tuvo que ir a apoyarse en la pared.

Se miró al espejo.

Estaba pálido, demacrado. Hasta parecía imposible que hubiera podido cambiar tanto en unas horas, o tal vez minutos, pues no recordaba el tiempo que había estado dormido.

Se volvió hacia la muchacha.

—Lo siento, señorita Holly.

—No, eso no importa.

Ella temblaba.

Judd se dio cuenta de que se había levantado y recordó que estaba herida. Esta idea le alarmó.

—¿Qué hace aquí?

—Pues…

—No debe moverse del lecho. ¿Ha olvidado que sufrió un accidente y que debe reponerse?

—No, pero…

Ella, en lugar de continuar, volvió la cabeza hacia la puerta de la habitación y miró al exterior.

Judd hizo lo mismo.

Había un silencio tan absoluto en el hospital que inducía al miedo pavoroso.

Alarmado, se apartó de la pared y cruzó en décimas de segundo el umbral de la puerta.

El hospital estaba desierto, con todas sus camas vacías.

Hasta los insectos propios de la selva se habían esfumado.

—¡Enfermeras! —gritó.

Nada, absolutamente nada.

—¡Enfermeras!

Salió, se apoyó en una cama.

Se daba perfecta cuenta de que lo habían abandonado. Todo lo que le costó grandes esfuerzos de levantar se había esfumado tan misteriosa como rápidamente.

A su espalda oyó que Holly se acercaba despacio, arrastrando los pies, muerta de miedo.

—¿Qué pasa?

—Han vuelto a su mundo, Holly.

—No entiendo.

—Yo tampoco, pero estoy seguro de que Hell tiene algo que ver con todo esto.

—¿Hell?

—Sí, el brujo que vio antes.

—¡Qué nombre tan horrible!

—No crea, hasta ahora al menos ha sido siempre inofensivo. Él se considera iluminado y las gentes nativas lo creen.

—¿Y lo es?

—En absoluto. Alguna vez, cuando es un caso fácil, logra salvar a uno de sus enfermos con hierbas. Es todo lo que sabe hacer, pero la magia es muy distinta.

—¿Y ahora?

—Pues…

Judd calló.

Aquello era precisamente lo que no comprendía. ¿Qué le ocurría a Hell últimamente? Había hablado de poderes insospechados, de que los dioses le favorecían como a nadie más.

Judd se sentía completamente seguro de que no era cierto, de que todo era pura y simple superstición.

Sin embargo, lo que sucedía parecía cosa de magia.

De ser un inculto ya habría acabado creyendo en ella.

¿Y sus sueños?

Podían ser provocados por Hell, ya que este lo amenazó con su venganza y su odio.

—¿Qué va a pasar, doctor? —volvió a preguntar la muchacha.

—Nos iremos, Holly.

—¿Solos?

—Sí.

—¿Qué ocurre, doctor? —inquirió ella, más aterrada aún.

—Es posible que corramos algún peligro, Holly, no se lo niego.

—¿Y las otras personas que han viajado conmigo?

—No piense en ellas.

—¿Por qué no? ¡Son seres humanos!

Judd no contestó.

¿Lograría salvarla a ella?

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Yo bien, pero…

—Entonces, ayúdeme.

Penetró en su habitación.

Rápidamente sacó una gruesa mochila, dos sombreros y gran

cantidad de latas de conserva.

—¿Qué hace?

—Nos vamos, Holly. Vaya poniendo todo esto dentro de la mochila y dese prisa.

Holly asintió con la cabeza.

En pocos minutos, Oakes preparó todo cuanto podía servirles para un largo viaje. Lamentó no tener su rifle porque seguramente habría de necesitarlo, pero igual saldrían sin él.

Luego, cuando la mochila estuvo cargada, miró a la joven.

—Holly.

—¿Qué?

—Vamos a salir de aquí. Obedézcame en cuanto le diga. Si en algún momento se encuentra agotada, dígamelo.

—Lo haré.

—Bien, salgamos.

—¿Cree que nos lo impidan los habitantes del poblado?

—No, ellos son completamente inofensivos.

Y tras estas palabras salieron hacia la nave principal del hospital. Caminaban con rapidez, dispuestos a abandonar aquellos lugares, tan pronto como les fuera posible.

Oakes se detuvo al pisar la tierra.

¡No se veía un alma en el poblado!

Sorprendido, miró las cabañas una a una, sin lograr ver a un solo indígena.

Holly se dio cuenta y se le acercó asiéndole de un brazo.

—¿Por qué no salen?

—No están aquí.

—Entonces…

—Hell los habrá reunido en su poblado, seguramente para acabar de convencerlos con su magia.

—Sí, es posible.

Caminaron entre las cabañas. Holly no se atrevía a mirar hacia ellas, pero Judd sí y, sin embargo, no pudo ver a uno solo de sus habitantes. Y entre ellos había personas de confianza como Mo, Tal, Bobby.

Todos ellos le debían grandes favores.

El Amazonas estaba a unos ciento cincuenta metros.

Había senderos que conducían a él.

—Por aquí, Holly.

Anduvieron por uno de ellos.

La canoa de Mo estaba siempre varada en la orilla, y Judd estaba seguro de que su dueño no se enfadaría si él se la llevaba.

—¿Falta mucho, doctor?

—No, ya estamos llegando.

Continuaron la marcha.

El sendero se retorcía en la selva y continuaba hacia el Norte cómo una serpiente.

—Al final del mismo estaba el río.

De pronto, Judd se detuvo y miró alrededor.

La selva seguía silenciosa como nunca, la selva impenetrable ¡y el río Amazonas sin aparecer!

—¿Nos siguen? —preguntó Holly.

—No creo.

—¿Qué hacemos aquí entonces?

Judd tenía la respuesta preparada, pero le parecía imposible. Su cerebro no la asimilaba y no quería que la muchacha se riera de él por decir semejante tontería.

¡El río Amazonas no estaba, había desaparecido!

Tragó saliva y volvió a sudar.

¿Cómo explicar semejante disparate?

El Amazonas era muy ancho en aquel punto y por él bajaban millones de litros de agua.

Era estúpido pensar que…

Se giró.

¡El poblado estaba en su sitio! Había recorrido aquel mismo camino centenares de veces para bañarse y sabía con toda certeza que bajo sus pies debía estar el agua.

Lo que pensaba era propio de dementes.

—¡Hable, doctor! —pidió Holly, francamente aterrada.

—Lo siento.

—¿Qué?

—El río… el río…

¿Cómo decirlo?

Pero antes de que pudieran hablar, varios seres surgieron de la maleza y les rodearon.

Holly gritó.

Y Judd vio que eran indígenas del poblado de Hell.

Iban armados con cuchillos, aunque no parecían llevar intención de matarlos. Ni siquiera hablaron.

Judd se descolgó la mochila lentamente.

Los nativos continuaron aproximándose por lo que el círculo se estrechaba más y más.

—Corra cuando le avise, Holly —dijo.

Ella, pálida como un cadáver, no se movió. No comprendía nada de lo que sucedía. Solo se dio cuenta de que los nativos estaban allí para impedirles huir y que el doctor no parecía acatar esta orden de muy buen agrado.

Correría.

El primer indígena se colocó, se acercó a menos de dos pasos y dijo:

—Hell quiere verlos.

Judd se mantuvo inmóvil.

—¿Para qué?

El otro se encogió de hombros.

Y en este preciso momento, Judd disparó su brazo derecho hacia delante alcanzándolo en la mandíbula.

El energúmeno salió disparado de espaldas y cayó sobre la maleza.

—¡Corra, Holly! —gritó.

La muchacha titubeó unas décimas de segundo; luego, imprimió velocidad a sus piernas y pasó junto a Judd.

La selva se llenó de gritos.

Por el lugar en que Holly corría no había ningún nativo más. Era la espalda de Judd la que peligraba.

El ataque llegó por este lugar.

Judd notó que un cuerpo humano le caía encima y se ladeó rápidamente para anular los efectos del ataque.

Su primer adversario cayó de bruces y quedó tendido en el

suelo. Sin embargo, no es hizo ilusiones. Si ellos querían, antes de cinco segundos le habrían seccionado la cabeza del tronco y la guardarían como trofeo.

Optó por defenderse y ganar tiempo, mientras Holly se alejaba de allí cuanto fuera posible.

También era una estupidez, pero siempre le quedaría alguna posibilidad de escapar si se alejaba lo suficiente.

Un tercer individuo se le acercó con los brazos abiertos.

Empezaba a comprobar que lo querían vivo.

Le propinó una brutal patada en la mandíbula. El indígena cayó de espaldas y no se movió.

Sin embargo, su suerte ya estaba echada.

Media docena de indios cayeron sobre él.

Movió los brazos como aspas de molino, logrando derribar a los dos primeros y enviarlos al dulce sueño de la inconsciencia.

Después, empezó a ver sus extremidades inmovilizadas. Primero los brazos y luego las piernas.

Finalmente, lo tumbaron en el suelo y lo maniataron con trozos de liana para impedirle toda clase de movimientos.

Hell se saldría con la suya.

Todo lo que pudo hacer fue mirar hacia el punto por el que se había alejado. Holly.

¿Qué haría ella perdida en la selva? ¿Cómo se defendería contra las alimañas y de qué se alimentaría?

Pero estas preguntas iban a tener una pronta respuesta, ya que, entonces, dos de los indígenas aparecieron con la muchacha.

Holly llevaba las manos atadas en la espalda y la empujaban de vez en cuando para que caminara.

Esto levantó las iras del doctor. La joven estaba herida y aunque no fuera de gravedad no merecía aquellos tratos.

—¡Soltadla! —bramó.

En lugar de ello lo pusieron en pie de un tirón.

—Adelante —ordenó un indígena.

Caminaron, aunque él esperó a que Holly llegara a su altura.

—¿Cómo está?

—Bien…

La respuesta, sin embargo, dejaba mucho que desear.

—No se preocupe.

—¿Adónde nos llevan?

—A ver a Hell. Hasta es posible que sea mejor que huir.

—¿Y el río? —preguntó ella. Y añadió—: No lo he visto.

—Es que…

Judd giró la cabeza.

Holly hizo lo mismo.

¡Y entonces quedaron pasmados de asombro!

¡A menos de diez metros de ellos había aparecido la orilla del río y más allá toda la corriente!

Judd abrió la boca.

La muchacha se puso pálida y las piernas se le doblaron.

Cayó desmayada.

¡Ellos habían estado sobre el lecho del río, sin hundirse!

¿Qué poder tan fabuloso había conseguido la mutación del agua por tierra firme y una selva tropical?

Judd tuvo la sensación de que se le paralizaba el corazón.

Capítulo V

CUANDO HOLLY cayó al suelo, Judd reaccionó y fue hacia ella. Suponía lo que estaría sufriendo la muchacha. Su cerebro todavía no había reflexionado mucho en lo que había visto, pero lo primero que pensó fue un defecto óptico, en una droga desconocida.

No podía haber otra razón.

El siglo veinte estaba a punto de terminar. Él, además del tiempo en que estaban, no podía creer en brujerías; era algo que sobrepasaba lo razonable e imposible de admitir por la mente de un hombre moderno.

No, Hell los estaba engañando.

Tomó a Holly en sus brazos.

¿Qué iba a ser de ellos bajo el poder de un loco fanatizado?

¿Y de aquellos indígenas?

En aquel instante, Judd se olvidó de que era un hombre de paz.

—¡Andando! —bramó el cabecilla de los nativos.

Anduvieron por la senda durante una media hora, al término de la cual Holly recuperó el sentido y empezó a gemir mientras se movía en los fatigados brazos de Judd.

—Doctor…

—Calma, Holly.

Se detuvieron. Ella puso los pies en el suelo, miró a los nativos aterrada y Judd tuvo que abrazarla.

—No nos harán daño —dijo él.

—¿Y el río?

—No piense más en ello. Hell quiere convencerme y para conseguirlo utiliza medios poco limpios.

—¿De qué habla?

—Nos ha drogado.

Holly estuvo a punto de desmayarse de nuevo por lo que el joven médico la asió de un brazo y la mantuvo en pie.

—Sigamos, Holly —añadió.

—¿Van a matarnos?

—No.

Y era cierto que Judd así lo creía, Sí, Oakes pensaba que Hell quería deslumbrarlo. El hechicero le envidiaba y comprendía que la medicina del hombre blanco cambiaba a su gente, motivos estos que le impulsaban a jugar sucio.

Lo único que faltaba saber era hasta dónde llegaban sus planes.

Por ello Judd consideró mucho más inteligente pasar a una defensiva intelectual.

Era la forma más segura para conservar su vida y la de Holly.

Llevado por esta forma de pensar, alcanzaron el poblado de Hell y, con gran sorpresa, vieron que estaba desierto.

—¡No hay nadie! —exclamó Holly.

—Estarán escondidos. Hell debe de tener a su gente sugestionada.

—Tengo miedo, Judd.

Él le apretó los hombros para infundirle ánimo,

—Todo pasará.

Habían llegado al centro del poblado.

Sus guardianes se apartaron un poco de ellos y se alejaron hasta desaparecer por completo.

Judd apretó los dientes y miró alrededor.

¿Por qué se iban?

¿Seguiría estando drogado?

¿Y si todo fuera un sueño? Holly podía no existir, ni tampoco el accidente.

Tal vez en aquel momento estuviera echado en su cama mientras las enfermeras se turnaban en la vigilancia de sus enfermos. Era posible que se hallara bajo los efectos de una

pesadilla.

¡De una mala pesadilla!

Estaban solos. La selva seguía permaneciendo en el más absoluto silencio y hasta el aire parecía haber dejado de soplar.

Solos, de pie en el suelo, los dos jóvenes esperaron.

La atmósfera era plomiza.

De pronto, oyeron cómo alguien andaba entre las cabañas.

Debía de ser Hell que se acercaba para darles la bienvenida.

Unas sombras se proyectaron en el suelo. Eran dos y, por lo tanto, idéntico número de seres iban hacia ellos.

Bruscamente, un hombre y una mujer blancos, surgieron ante ellos y los miraron sorprendidos.

Holly demudó el rostro y palideció.

Luego sus cuerdas vocales entraron en función y exclamó:

—¡Frieda, señor Slavitt!

Corrió hacia ellos.

Judd se mantuvo quieto mientras la muchacha corría en dirección a la mujer y la abrazaba demostrando la alegría que le causaba aquel encuentro. También observó que los aparecidos sonreían, aunque algo enigmáticamente.

—¡Señorita Graig! —repuso la mujer.

—¡Oh, Frieda, pensé que habías muerto en el accidente!

—Lo mismo creímos nosotros.

—¿Cómo salieron del aparato?

—Pues verá…

—Nos descolgamos por una liana —repuso Slavitt, el piloto.

Judd no se perdía una sola palabra de la conversación.

Era imposible que hubieran salido de la avioneta de aquella forma porque recordaba perfectamente el lugar y el modo en que quedó el aparato.

—Me alegro mucho… —continuó Holly sin la menor picardía. Y añadió—: Yo salí despedida cuando hacía las fotografías. Tuve mucha suerte y salí con unos rasguños. Luego, me encontró el doctor Oakes y él me atendió.

Los ojos de los dos personajes se dirigieron hacia Judd para estudiarlo detenidamente.

—En verdad fue una gran suerte, Holly

—Sí, Frieda… Venga, doctor… Le presento a la señorita Frieda y David Slavitt, el piloto.

Estrechó sus manos.

Estaban frías, frías como témpanos de hielo.

—Encantado.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho por Holly, doctor — dijo Frieda con altanería.

—No tiene la menor importancia.

La conversación era una farsa preparada de antemano. Hacía falta estar muy sorprendido, como Holly, para no darse cuenta.

—Sí, la tiene, doctor.

—Yo no lo creo así, pero confío en que Hell sabrá darnos una explicación.

Frieda y Slavitt se miraron.

Y Judd aprovechó aquel instante de duda para acercarse a la muchacha y rodearle los hombros con un brazo.

Frieda abrió mucho los ojos, confusa por el gesto del médico.

—No entiendo, doctor —dijo.

—Pues que Hell nos ha traído aquí a la fuerza.

—¿A la fuerza?

—Sí.

—¿Quién es Hell? —preguntó Slavitt.

El piloto estaba algo pálido y ojeroso. Además, se le notaba que no sabía mentir con la facilidad de Frieda.

—El hechicero de esta tribu.

—¡Ah, sí!

—Me alegro de que lo conozcan.

—Pero él no ha hecho nada. No se ha movida de su choza desde que llegamos y…

—¿Bromea, Slavitt?

Slavitt se giró hacia Frieda.

—¿Oyes al doctor? Parece ser que nos cree unos mentirosos. ¿Qué iba a ganar yo con…?

—Claro, Judd —intervino Holly en defensa del piloto.

Judd se pasó la lengua por los labios. Si querían volverlo loco,

tenían trabajo para un rato. Estaba completamente seguro de que Hell había ordenado que los trajeran al poblado.

Conocía a los indígenas mucho mejor que Slavitt y Frieda, la cancerbera de Holly.

—No. Usted y yo estábamos a punto de cruzar el Amazonas. No lo olvide jamás, Holly.

La muchacha quedó algo consternada. Al ver a sus dos acompañantes se había olvidado de lo ocurrido en el lugar donde debía estar el río y las palabras de Judd reavivaron el recuerdo.

—Es cierto, pero…

—No lo olvide, Holly.

—No.

—Parecen amenazas, doctor —habló Frieda.

—En absoluto, señorita… Pero, mire, no me gusta que la gente vaya mintiendo.

—¿Se refiere a…?

—Es posible —añadió Judd, sin la menor vacilación.

Ella mentía y Slavitt también.

Ignoraba lo que podía haberles sucedido, pero Hell tenía una mente propia de un loco y, ni por lo más remoto, pensaba dejarse engañar como un estúpido.

Ni tampoco que confundieran a la muchacha.

—¡Es usted un grosero, doctor!

—No se altere.

Holly se apartó de él y se acercó a Frieda, a la que hizo callar tapándole la boca.

—Espera, Frieda, creo que todos estamos, un poco nerviosos.

—Sí, tal vez.

Judd miró alrededor. Se sentía espiado, controlado hasta en sus menores movimientos.

Incluso tuvo la sensación de que extraños moraban en su mente.

¡Qué tonterías!

Todo lo que Hell era capaz de hacer, se resumía en quemar hojarasca con colores llamativos y danzar estúpidamente para convencer a sus congéneres de unos poderes inexistentes.

¿Por qué Hell no había venido?

No se veía un solo indígena. Era como si les hubieran entregado el poblado o la vida hubiera muerto.

—¿Dónde, está Hell? —preguntó.

Frieda y Slavitt se encogieron de hombros.

—¿Qué va a hacer, doctor? —inquirió Holly.

—Buscar al individuo que puede aclarar la situación. Solo quiero saber qué droga me ha dado y cuándo va a dejarnos salir de aquí.

—Quédate con nosotros.

Lo tuteaba; temía por él.

—No hay cuidado, Holly.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Si Hell hubiera querido matarnos ya lo hubiera hecho hace tiempo.

—Entonces…

—No te muevas de aquí; ni hagas mucho caso de cosas que puedes oír.

—¡Doctor! —exclamó Frieda, dándose por aludida.

—Lo siento…

—¡Está completamente loco! ¿Qué es lo que propone hacer con Holly?

—Nada, excepto ayudarla.

—¡Está loco!

—Por favor.

Sin hacerle caso, pasó a su lado y se dirigió a la choza más próxima para echarle un vistazo.

Había, debía haber alguna explicación en las cabañas. Los habitantes de un poblado no desaparecen así como así, sin dejar el menor rastro y olvidando sus más elementales bases de supervivencia.

¿Hasta dónde llegaba la magia de Hell?

Pero no, aquello era demencia pura.

Se asomó a la primera cabaña.

Estaba desierta.

Holly, Frieda y Slavitt seguían parados en el mismo lugar y mirándole fijamente.

Creyó adivinar que lo que hacía no era del agrado de los dos últimos.

¿Por qué?

¿Qué motivos podían tener para secundar a Hell en sus maquinaciones si eran personas cultas, sensatas?

La segunda cabaña también pareció desierta.

Y la tercera.

Algo apartado del poblado, en el lindero, de la selva, se hallaba el «templo» de Hell, el lugar en el que rogaba a sus dioses y preparaba potingues en la creencia de estar iluminado.

Caminó hacia allí.

Tenía que encontrar a Hell, averiguar lo que pretendía y obligarle a librarlos a todos para regresar a la civilización.

Anduvo con rapidez, dispuesto a aclarar la situación cuanto antes.

La cabaña era más grande que las otras. En su entrada, había pieles de animales, plumas y algunos cráneos colgados por los ojos.

Hacía falta bastante valor para cruzar aquel umbral, y mucho más sin consentimiento de Hell. Era un lugar sagrado que todos los nativos respetaban.

Judd se pasó la lengua por los labios, apretó los puños con fuerza y dio un paso al frente.

Cruzó el umbral.

No pasó nada.

La cabaña estaba sumida en la oscuridad. En su interior había ardido algún ácido y tuvo que taparse las fosas nasales.

—Hell —llamó, a media voz.

No tuvo respuesta.

Solo oía las palpitaciones de su corazón.

—Hell, ¿dónde estás?

Nada.

Introdujo una mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó una caja de fósforos.

Rascó uno.

Repentinamente, la llama amarillenta iluminó el interior de la cabaña. Pudo ver las medicinas de Hell colgadas de la pared y algunos cráneos más, pero la sorpresa la recibió al bajar la vista

hacia el suelo.

¡Hell yacía de espaldas y le miraba fijamente!

Notó un repentino escalofrío, recorriéndole la espina dorsal, y su mano tembló estando a punto de apagarse el fósforo.

Hell le miraba con los ojos muy brillantes, inmóviles como si fueran los de un cadáver.

—Oye, Hell, he de hablar contigo de…

Se calló.

Hell tenía todo el aspecto de…

¡Un cadáver!

Se arrodilló rápidamente y puso una mano sobre la frente del brujo.

¡Estaba helada!

Balbuceó algunas palabras incomprensibles. Podía dictaminar, sin lugar a dudas, que Hell había muerto hacía bastante, pues, estaba frio y rígido como un cadáver de varios días.

Luego, si él…

Imposible. Todo lo que pensó en aquel instante le parecieron majaderías o alucinaciones. No podía ser, era imposible que Hell estuviera muerto y al mismo tiempo dominara a los indígenas hasta el extremo de darles órdenes y hacerlos huir del poblado.

Había otros individuos que desearían ocupar su puesto de hechicero.

¿Por qué no lo habían hecho ya?

Se puso en pie y retrocedió hasta la salida.

Le resultó imposible coordinar sus pensamientos. Lo que ocurría escapaba a toda lógica.

¡No daba con la solución ni imaginando hipótesis!

—Judd.

Se volvió sobresaltado.

Era Holly que estaba a su espalda.

Frieda y Slavitt también estaban allí. Se mantenían muy juntos y sin apartar la mirada de la cara del médico.

Parecían enfadados.

—¿Qué pasa, Judd?

—He encontrado a Hell.

—¿Y qué te ha dicho? Pareces estar a punto de sufrir un ataque de nervios, Judd.

—Es que…

—Di, Judd.

—Hell está muerto.

La noticia sobresaltó a Holly. Sin embargo, la otra pareja pareció sufrir la sacudida de una bomba. Al instante, como si sus reflejos estuvieran fundidos en uno solo, corrieron hacia la entrada de la cabaña desapareciendo en ella.

Holly se asustó.

—¿Dónde vas, Frieda?

—Déjala, Holly —habló él.

—¿Qué ocurre?… ¿Qué está pasando?

—Todavía no lo sé, Holly, pero todo esto debe tener una explicación y daremos con ella.

—Es que Frieda y Slavitt parecen estar… No sé cómo explicarme, pero se les nota muy raros.

—Cierto.

—¿Y tú?

Judd sacudió la cabeza.

Su mente no asimilaba tantos problemas y se formaba una bruma en el cerebro que quiso sacudirla.

—Confía en mí, Holly. Y no hagas caso de lo que Frieda y el piloto puedan decir.

—Pero…

Se abrazó a él.

Su pecho se movió a causa de un brusco llanto y Judd la notó más mujer que nunca.

—No debemos perder la calma. Es lo último que debemos hacer.

—¿Y los salvajes?

—Deben estar asustados.

—¿Más que nosotros?

—Sí, más. Es posible que Hell les dijera muchas tonterías antes de morir y ellos las estén cumpliendo una por una.

—¿Y nosotros?

—No creo que nos hagan daño. Sin embargo, nos quedaremos

en el poblado hasta el momento en que podamos salir de aquí tranquilamente, Holly. Nuestro peor enemigo es la selva.

—¿Y el río? ¿Estás seguro de que debía estar allí?

—Completamente. Y yo creo que Frieda y Slavitt saben más de lo que presumen. Aunque es posible que Hell los drogara. De todas formas, no nos fiaremos de ellos hasta saber lo que les ocurre.

—Tengo miedo, Judd.

—Pues no debemos llevarnos por él.

—Sí, pero…

—Ven.

Sin apartarla de sí, empezaron a caminar hacia el centro del poblado lentamente.

El silencio de la selva persistía.

Para Judd, esto era lo más alarmante.

—Escucha, Holly. ¿Verdad que tomabas fotografías cuando ocurrió el accidente?

—Sí.

—¿Y la cámara?

—La perdí.

—¿Dónde?

—Por el lugar del accidente.

—Entiendo.

Continuaron caminando hasta el centro del poblado.

Judd ya tenía algo sólido en lo que pensar. Una placa fotográfica puede desmentir un sueño.

¡Era lo que necesitaba para poner en orden sus pensamientos y saber hasta dónde era verdad todo aquello!

Capítulo VI

CORRIÓ hasta la parte posterior de la cabaña y miró hacia atrás como un ladrón.

Holly le hizo una seña y dijo:

—Vienen.

Judd asintió con la cabeza y prosiguió la marcha. Ocultándose entre las cabañas llegó a la selva y se zambulló en ella fuera del alcance visual de Frieda y Slavitt.

Una vez en la maleza se apartó de los senderos. Tenía que llegar al lugar del accidente y buscar la cámara de Holly antes de que se hiciera de noche.

Y todo ello si los indígenas se lo permitían.

Corrió con todas sus fuerzas.

De pronto, un nativo apareció ante él. Era alto, hercúleo e iba armado con un puñal de enormes proporciones.

Lo miró contrariado.

Judd se detuvo y, de momento, no supo cómo reaccionar. Si se volvía atrás cometería una estupidez y si seguía el otro podía cortarle el cuello en cuanto quisiera.

No, no se volvería.

—Hola —dijo.

El nativo no despegó los labios, ni tampoco se movió.

Judd dio un paso al frente.

El otro levantó la mano armada.

—Oye, no quiero pelear.

No le entendía.

—Mira, yo…

El nativo gritó algo y le hizo señas para que diera media vuelta, a lo que Judd respondió con una forzada sonrisa de circunstancias.

Estaban muy cerca.

Hizo ver que iba a girarse y el otro le siguió.

Entonces, disparó su antebrazo contra el torso del energúmeno confiando en que tan brutal golpe lo enviara al país de los sueños el tiempo suficiente para que él desapareciera.

No fue así, aunque sí logró que el indígena boqueara y retrocediera unos pasos.

Pero el muy bruto no soltó el puñal.

Y Judd no quería matarlo.

Se lanzó sobre él y le echó las manos al cuello. Trastabilló y cayeron al suelo.

Su adversario soltó el arma, pero empezó a recuperarse y abrió mucho los ojos.

Judd no perdió el tiempo, ya que el otro era mucho más fuerte que él, y también más fiero.

Le soltó un gancho a la mandíbula y un directo a la ceja derecha, que el nativo encajo con sorpresa, la ceja se le partió y por ella empezó a manar la sangre.

Volvió a preparar los puños.

Antes de que el otro tuviera tiempo de ponerse en pie, le machacó el estómago insistentemente. El nativo jadeaba y parpadeaba con mucha más rapidez de lo normal.

Judd se arrodilló en el suelo y concentró todas sus fuerzas en el próximo golpe.

Lo lanzó contra su frente.

Bruscamente, el nativo puso los ojos en blanco y cayó de espaldas al suelo, perdido el conocimiento.

El joven se puso en pie.

Sudaba como un maldito.

Miró alrededor y al comprobar que no había más enemigos en las cercanías continuó su interrumpida marcha. Debía darse prisa y regresar cuanto antes.

Holly estaba sola, podía morir.

¡Qué pensamientos tan extraños!

Ya concebía en la muerte aunque no tuviera explicación. ¿Acaso Hell había fallecido por causas naturales?

Esto lo averiguaría a su regreso, y también otras cosas que hasta ahora desconocía.

Prosiguió su marcha a través de la selva. Recordaba perfectamente el lugar donde halló a Holly, aunque podía resultar que no encontrara la cámara o que esta se hubiera destrozado al caer.

Sin embargo, valía la pena intentarlo.

Una hora más tarde, se detuvo.

Había llegado al lugar. Poco a poco empezó a revisar el suelo. Había hojarasca seca y debía tener cuidado.

Hizo este trabajo durante una hora. Luego, cuando ya tenía revisado un buen trecho, se apoyó en el tronco de un grueso árbol y descansó. Jadeaba y sudaba como nunca en su vida.

¿Cuándo descubrirían al desmayado nativo?

¿Qué harían después?

Se pasó la mano por el cuello. Estarían enfadados; les costaría muy poco segárselo de un tajo.

Recordó a Holly y esto le dio nuevas fuerzas. Ya no estaba solo; tenía alguien de quien cuidar.

Fue a inclinarse.

La maleza se movió.

¿Lo rodeaban ya?

Podían usar veneno. Al menos de esta forma tendría una muerte instantánea.

Se mantuvo quieto, inmóvil.

El ruido no volvió a oírse.

Luego, pasados un par de minutos, volvió a su trabajo anterior. La avioneta estaba a unos cincuenta metros de allí, empotrada entre las ramas del árbol.

Tuvo la sensación de que era observado, de que no estaba solo ni mucho menos.

Las palpitaciones de su corazón se aceleraron. Por un instante sintió deseos de echar a correr, de alejarse cuanto pudiera e intentar salvar la vida.

No lo hizo. Si querían matarlo, lo harían de todas formas, por lo

que era inútil resistirse.

De pronto, sus ojos se inmovilizaron sobre un objeto oscuro caído en el suelo.

¡La cámara fotográfica!

Con una indescriptible sensación de alegría se abalanzó sobre el aparato y lo aferró con las dos manos.

Ahora tenía que volver al hospital, donde tenía las cosas necesarias para hacer el revelado del filme. Si le daban el tiempo suficiente pronto sabría si allí estaba el secreto del caos que lo conmovía.

¡La maleza se movió de nuevo!

Judd quedó paralizado.

¡Ahora estaba completamente seguro de que algo le espiaba!

¿Quién sería?

Los animales habían abandonado aquel lugar. Solo se oían sus pasos en el suelo y aquel ruido que le estaba llenando el cerebro y le hacía pensar cosas raras.

Empero, dio media vuelta y echó a correr hacia el hospital.

Lo único que necesitaba era tiempo.

¡Tiempo!

Sus piernas, en una carrera desenfrenada, atravesaron senderos y lugares abruptos

Lo irreal bailaba en su mente.

Necesitaba saber la verdad para que su cerebro no se atontara y creyera en majaderías.

Había visto desaparecer un río como el Amazonas, un accidente aéreo inexplicable y detalles tan raros que solo lo fantástico podía aclarar.

Pero no corrió solo.

A su espalda fue como si notara una respiración cálida, pegajosa que se hubiera adherido a su piel de una forma nauseabunda.

No había nadie.

El hospital también estaba vacío.

Entró en su habitación.

Era médico; había visto miseria, pero nunca notó tanto asco como en estos momentos.

Llegó al poblado.

Silencio.

Buscó los instrumentos necesarios para revelar las placas tomadas por Holly, y luego se dispuso a cerrar puertas y ventanas de forma que se hallara en un cuarto oscuro.

La oscuridad se hizo en la estancia.

Se dispuso a abrir la cámara.

¡Entonces sonó una gruesa y extraña risotada dentro de la habitación!

Si a Judd le hubieran pinchado en aquel momento, de la herida no habría salido una sola gota de sangré.

Creía estar solo.

Se giró.

¡Dos puntitos brillantes le enfocaban desde el suelo, en un rincón de la habitación!

Parecían un par de ojos humanos.

Lo eran…

* * *

Holly Graig se apoyó en la cabaña, llevándose las manos al pecho como si quisiera contener las pulsaciones de su corazón.

Judd, su único enlace con la vida, corría hacia la selva.

Frieda y Slavitt venían hacia ella. Andaban despacio, como dos autómatas obedeciendo órdenes remotas.

La muchacha sintió más miedo que nunca.

¿Qué les habría ocurrido para comportarse de aquella forma insospechada?

Tenía la sensación de que eran enemigos. Y, sin embargo, los había conocido como personas completamente normales.

Frieda se adelantó un poco.

—¿Dónde está el médico? —preguntó con voz fría.

Holly no supo qué responder.

—¿Dónde?

—No sé…

—¿No lo sabes? ¿Es que se ha escondido?

—No, yo…

Los ojos de Frieda la fulminaron.

—Ese doctor es un asesino.

—¿Asesino? —preguntó Holly, atónita.

—Sí, asesino… Él ha matado al gran Hell.

—Imposible —balbuceó Holly.

Slavitt se acercó entonces y dijo:

—Ha sido él. Entró en la cabaña, lo vio hablando con los dioses y lo mató en venganza. No era tan listo como Hell y por ello lo envidiaba.

—¿Qué dicen?

—La verdad, Holly —habló Frieda.

—¡Es mentira!… ¡Vosotros estáis locos!

Frieda y el piloto cambiaron una mirada. Luego, se separaron y rodearon a Holly.

Frieda la asió de un brazo.

—Ven, creo que necesitas descanso.

—No quiero.

—Obedece, Holly. Los dioses nos vigilan y puedes salir lastimada. El médico no tardará en recibir su castigo.

La empujó hacia una cabaña.

¿Qué se proponían, por qué hablaban de dioses, como si fueran seres atrasados?

—¿Qué os ocurre?

—Nada, Holly… Mira, a nosotros nos han tratado magníficamente bien. Incluso han enviado unos mensajeros a la estación de radio más próxima. Desde allí comunicarán a Río que sufrimos un accidente, pero que nos hallamos perfectamente. Luego, nos sacarán de aquí.

—¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Y quién son ellos?

Los ojos de Frieda brillaron con inusitada fuerza.

—Los dioses, Holly.

La muchacha sintió que se mareaba y apoyó la espalda en la pared de la cabaña.

¡Estaban locos o querían burlarse de ella!

Frieda elevó la mirada, como extasiada, y añadió:

—Los dioses que dieron su poder a Hell. Ellos serán los que nos saquen de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Holly, con las pupilas desorbitadas.

—Como ellos decidan. Ellos lo pueden todo, Holly.

—¡Eso no es cierto!

—Sí, yo he hablado con ellos.

—¿Tú?

—¿Te extraña? Siempre me creíste que era algo parecido a un mueble. Tu padre me pagaba por cuidar de ti y darte buenos consejos y yo era una máquina que hablaba y reía por dinero. ¡Por dinero, Holly! Pero ahora es completamente distinto… Ellos me han enseñado el camino, ellos me han elegido.

—No sigas, Frieda.

—¿Te asusta que pueda ser más poderosa que tú? ¡Pues debes saber que Hell logró la mutación de la materia, con un simple deseo mental!

Frieda quiso continuar, pero Slavitt murmuró algo y pareció bambolearse repentinamente.

—¿Qué te ocurre, David?

—La cabeza, Frieda.

El rostro de la mujer se iluminó.

—¿Son ellos?

—Creo que sí.

—¿Qué quieren?

—Espera…

Holly, arrinconada contra la pared, hubiera querido no oír ni ver, no saber lo que ocurría a su alrededor.

Lo que sucedía era inexplicable.

Vio que Slavitt se estremecía mientras Frieda lo miraba llena de envidia, rabiando no ser ella la que pasara por el trance de Slavitt. Estaba loca, completamente loca.

Entonces, bruscamente, ocurrió lo inesperado.

Holly lo vio.

¡No tuvo otro remedio porque cuando el horror le obligó a cerrar las pupilas el cuerpo de Slavitt se había partido en dos!

¡La cabeza desapareció del tronco!

Quiso retroceder, pero no pudo y le dio la impresión de ser prisionera, de que iba a sufrir una muerte horrenda.

Tampoco pudo musitar palabra alguna.

Ni notó que su cuerpo resbalaba hacia el suelo, ¡al tiempo que el cuerpo de Slavitt doblaba las rodillas y se sentaba, como si nada hubiera sucedido!

Era espantoso, maquiavélico.

¡Y Frieda miraba aquel cuerpo mutilado con orgullo, como si fuera algo divino!

—¡Oh, David, qué suerte has tenido!

No hubo respuesta.

Frieda se giró y, al darse cuenta del estado en que se encontraba la muchacha, añadió:

—No te preocupes, Holly… Ha sido la bendición de los dioses. Yo daría media vida por ocupar el sitio de David.

—Lo… ¡Lo han matado!

—No, al contrario. Los dioses se sirven de él, de su cuerpo más exactamente.

Holly se sintió mal.

—No es verdad…

—Sí, ya verás.

—Sois… ¡Estáis condenados!

Frieda la miró y soltó una risotada hombruna.

—¡Nada de eso, niña!

—Sí, esto…

—Ya te se pasará. Al principio también a mí me costó creerlo, por luego me di cuenta del error que cometía. Escucha, nosotros estamos bendecidos; no puedes darte una idea de la suerte que hemos tenido.

—¿Por qué han hecho eso?

—Alguna misión. Si Hell estuviera aquí podríamos convencerte con hechos de todo lo que te digo, pero tu amigo el doctor lo ha matado. Claro que los dioses sabrán hacerle pagar su culpa y recibir su castigo; de ello estoy completamente segura.

—¿Quieres decir que necesitan de Slavitt para castigar al doctor Oakes? —preguntó Holly, más alarmada aún.

—Seguramente.
—¡Dios Santo!
Perdió el conocimiento.
Era lo mejor que podía pasarle porque de seguir consciente tal vez hubiera perdido el conocimiento de la realidad y no tardaría en volverse loca.

* * *

A punto estuvo de caer la cámara al suelo cuando las manos de Judd sufrieron tan brutal espasmo. Sin embargo, los nervios del joven se agarrotaron y solo se movieron para dar un paso atrás.
Los ecos de la risa todavía resonaban en la habitación grotesca, diabólicamente.
Alguien yacía en el suelo y reía.
Hizo un esfuerzo por aspirar el aire que ya necesitaban sus pulmones y levantó la mano derecha, llevándola hacia una de las ventanas.
La abrió con brusquedad, dispuesto a saber la identidad de aquel intruso inesperado.
Al hacerlo y ver lo que había en el suelo la mandíbula se le desencajó y los ojos se le abrieron desmesuradamente.
¡La cabeza de Slavitt estaba en el suelo, junto a la puerta!
No goteaba sangre y los labios tenían una mueca burlona.
¡Estaba viva!
Le resultó imposible articular palabra alguna.
¿Cómo creer lo que veía?
—Hola, doctor.
Los labios se habían movido y los ojos parpadeaban.
¡Era horrible!
—¿Sorprendido?
Judd no contestó.
—Es de suponer, aunque es usted bastante testarudo, doctor.
—¿Qué… qué es…?
—No haga preguntas, yo se lo explicaré todo. A fin de cuentas mi misión es demostrarle que ha vivido en un mundo equivocado.
—No.

¡No podía admitirlo!

—Sí, doctor. Escuche, mi cuerpo está en el poblado de Hell y mi cabeza y mi mente aquí. Esto puede bastar para hacerle comprender que lo mismo que los dioses hacen esto, también pueden acabar con su vida con tan solo desearlo. Es lo más fácil del mundo.

—¿Dioses?

El tono de Judd sonó distinto.

Lo que veía era palpable, no un sueño. El Amazonas también desapareció de verdad

—Sí, doctor.

—¿Cuáles?

—Los nuestros. Por fin están aquí.

—¿Dónde?

—¿Quiere verlos?

—Sí.

Los labios de Slavitt sonrieron.

—Me gusta que abandone su postura anterior, doctor. Ahora se vuelve un hombre sensato.

—Tal vez…

—Sí, empieza a pensar con la cabeza.

—¿Dónde están los dioses?

—Cerca.

Por primera vez, desde que empezó aquel embrollo, Judd se creyó próximo a la verdad.

Capítulo VII

SIN soltar la cámara fotográfica, Judd avanzó hacia la puerta. Por un instante, sintió deseos de golpear aquella cabeza. Slavitt era un esclavo bajo poderes extraños.

Se detuvo.

—¿Cómo vamos a ir hasta los dioses?

—Andando.

—¿Así?

La pregunta se refirió a la cabeza de Slavitt.

—No, espere… Aunque podría llegar hasta ellos mucho antes que usted. En realidad estamos juntos en todo momento.

—¿Y Hell?

—Usted lo ha matado.

Lo decía en serio y esto fue, lo que despertó vivas sospechas en Judd. Él no había sido.

—Eso no es cierto.

—Sí, aunque no con fuerza física.

—No entiendo.

—Ya lo comprenderá cuando hable con ellos.

Ellos.

Esta palabra le sonó extraña, maléfica.

—¿Por qué no me habla de Hell?

—Ahora no.

Judd calló. Prefería darle la razón y seguirle hasta el final del misterio. Luego, obraría en consecuencia.

Vio que David cerraba los ojos y la cabeza se quedaba

totalmente inmóvil casi como si fuera de piedra.

La miró con extrema fijeza.

Allí iba a suceder algo, puesto que Slavitt había dicho que irían andando.

Y ocurrió.

* * *

Frieda se acercó al cuerpo de Slavitt y lo acarició como si fuera algo maravilloso. Sentía una terrible envidia hacia el piloto, porque él había sido elegido para una misión difícil.

Ellos eran listos.

Sus mentes valían más que la de Hell, que era un pobre diablo.

¡Ellos eran los primeros iniciados!

¿Qué estaría haciendo el cerebro de David, entre tanto?

Tal vez le habían hecho volar por el infinito, atravesar las barreras de la vida, la muerte…

De pronto, sufrió un espasmo y todo su cuerpo se agarrotó.

¿La llamaban?

No, no eran dolores como los anteriores. Ahora la cabeza parecía querer estallarle. Era como si dentro del cráneo llevara una bomba a punto de estallar.

¿Había hecho algo malo y la castigaban?

No, no podía ser. Ella había cumplido con su obligación en todo momento y no podían tener queja alguna.

—No… ¡No, por favor! — exclamó.

El dolor se avivaba.

—¡Por favor…! ¡Lo suplico!

Se llevó las manos a la cabeza y se la apretó instintivamente.

Tuvo miedo.

¿Le pasaría como a Hell y los demás?

—¿Digan qué he de hacer, pero no me castiguen? —rugió ahora, verdaderamente aterrada.

Holly se movió. Los gritos debían haber llegado hasta su subconsciente atrayéndola hacia la realidad.

Despertó.

Al principio se asustó de ver a Slavitt sin cabeza, pero luego

pudieron más los gritos de Frieda y se acercó a ella. La vio desvalida, sola y en peligro.

No tuvo rencor alguno…

—¿Qué te ocurre, Frieda?

La mujer se volvió, la miró furibundamente y tras formar una desagradable mueca respondió:

—¡Aparta!

—¡Frieda…! ¿Qué te ocurre?

—No me toques. Tú no eres iniciada.

—¿De qué estás hablando?

—Fuera. ¡Fuera de aquí!

Frieda se apartó como si Holly fuera una apestada. Lo hizo hacia el lado opuesto de la cabaña y la muchacha no supo qué hacer por ayudarla ni tampoco si debía.

Se volvió hacia Slavitt, si es que se le podía llamar así.

Y, entonces, vio que los restos del piloto habían desaparecido misteriosamente… ¡Sin dejar rastro; ni una sola gota de sangre o señal de violencia!

—¡David ha desaparecido!

—Él es mejor —fue la respuesta.

—¿A qué te refieres?

—No entenderás jamás… Pero te aseguro que no saldrás bien librada de este asunto.

—¡Frieda!

—Sí, niña, tú eres peor que yo. No tienes por qué resultar más favorecida por ellos. ¿O crees que no me he dado cuenta de que tú y ese doctor sois los preferidos?

—Pero, ¿de qué hablas?

—Bah, eres una estúpida.

Frieda la odiaba. Se dio perfecta cuenta de que siempre había sido así, aunque procuraba ser atenta. La odiaba y la envidiaba con todas sus fuerzas: por la juventud y el dinero.

Sin embargo, ahora estaban en peligro y podían ayudarse mutuamente.

Su única esperanza era Judd y tal vez este no regresará jamás de la aventura que había emprendido.

—Frieda…

—Déjame en paz.

* * *

Repentinamente, la cabeza de Slavitt pareció saltar en el suelo. El cuerpo del piloto surgió ante los ojos más que asombrados de Judd, volviendo a ser un hombre normal.

¿Normal?

Era muy posible que hubiera dejado de serlo.

—¿Qué le ha parecido, doctor?

David hablaba y sonreía con toda normalidad. Incluso podía decirse que se sentía feliz.

—Estoy…

—¿Atónito?

—Sí.

—Pues todavía ha de ver cosas más interesantes. Ya sabía que usted cambiaría de parecer, aunque ellos siempre lo creyeron un rebelde.

—¿A mí?

—Sí, usted les gusta. Seguro que estarán muy contentos por su cambio, doctor.

—Gracias.

—De nada… Cuando el mundo sepa lo que hemos hecho seremos famosos. Gracias a nosotros descubriremos la verdadera vida.

—¿Cuál?

—La eterna.

¡Slavitt estaba loco!

—Sí… —convino para no llevarle la contraria.

—Lo veremos desde un sitio preferente, doctor. Pero no hablemos más de momento; tenemos un buen camino hasta ellos…

—No me han dicho dónde están.

—En un lugar de la selva, cerca de donde atraparon la avioneta.

—Luego…

—Claro, ellos vieron en nosotros más inteligencia que en los nativos y por ello nos eligieron.

—Podían haber usado otros métodos.

—No, este era el más seguro. Usted ya sabe que en el mundo hay gente muy mala, doctor.

—Sí, es cierto.

Judd sintió pena por aquel hombre cuya mente había dejado de pertenecerle para convertirse en un robot.

Pero, ¿era verdad lo que decía o estaba loco?

La forma más rápida de averiguarlo era siguiéndole hasta el final de la historia.

—¿Partimos ya, Slavitt?

—Sí.

El piloto sonrió. Le daba una franca alegría que Judd estuviera interesado.

Salieron del hospital y se internaron en la selva, por la que caminaron sin detenerse. David lo hacía con gran facilidad, como si hubiera nacido en ella.

Esto no pasó por alto a Judd.

¡El piloto no llevaba allí el tiempo suficiente para conocer la jungla de tal forma! ¡De un modo u otro alguien debía decirle en todo momento por dónde caminar!

—David.

—Diga, doctor.

—Estoy viendo que conoce muy bien el camino. ¿Cómo ha podido aprenderlo con tanta rapidez?

David rio.

—No he estado nunca por aquí.

—¿Entonces?

—Ellos me guían.

Las sospechas de Judd se confirmaron.

¡David, al igual que Frieda, no tenía voluntad propia!

El peligro era mayor de lo que suponía. Sí, algo peor que la misma muerte se cernía sobre ellos con poderes desconocidos, de fuerzas insospechadas y extrañas.

—David, ¿por qué no me habla de Hell?

—Bueno, parece que tiene una obsesión con ese brujo del diablo.

—Me acusaron de haberlo matado.

—Y así es, aunque involuntariamente. Tal vez sea por ello que los dioses se hayan interesado más por usted. Les debe intrigar la fuerza que tenía sobre Hell a pesar de que ellos se portaron magníficamente con él.

¿Fuerza, muerte involuntaria?

—No entiendo.

—Ellos se lo explicarán mejor. Yo solo sé que Hell no logró el objetivo de la misión que le encomendaron.

¡Una misión!

Comprendió inmediatamente que él, Judd Oakes, había sido el principal objetivo de Hell. Y por ello había muerto, aunque no entendía muy bien qué era lo que el brujo debía conseguir.

Sus sueños.

De pronto, los recordó.

Y pensó que su mente peligraba. Si la perdía también correría la misma suerte su cuerpo, como le había pasado a Hell, David y Frieda.

Sí, los «dioses» no se portaban muy honradamente.

¿Quiénes serían?

Notó frío y no supo si era interior o bien se acercaba una tormenta tropical.

—Estamos llegando —dijo Slavitt.

Y aminoró el paso.

—¿Adónde? No veo nada.

—No tenga tanta prisa.

El frío aumentó.

Judd sintió un escalofrío. Era como si repentinamente se acercaran a un lugar helado, con una temperatura muy distinta a la de la región amazónica donde se encontraban.

El paisaje empezó a cambiar.

¡Las ramas de los árboles se habían secado! ¡La maleza, conforme caminaban, iba apareciendo de otro color, más muerta!

Llegaban.

Luego, la vegetación pareció extinguirse y alcanzaron un claro en la selva.

Judd vio algo sorprendente.

¡Sus ojos se clavaron en unos montículos de nieve y hielo que parecían haber sido llevados hasta allí mágicamente!

Lo más sorprendente era cómo podían conservarse.

Había dos pequeñas montañas blancas, que se movían como si respiraran o se estremecieran. Las miró con toda atención, olvidándose del miedo y de la muerte.

Aquellos eran los dioses.

—Ya estamos, doctor.

—Sí…

—Está algo pálido, pero no se preocupe. Cuando yo los vi por primera vez creí enloquecer.

—Estoy bien, David.

Judd calló para concentrar su atención en lo que veía. También descubrió a la derecha de donde se encontraban los cuerpos de tres indígenas que yacían en el suelo.

Una ligera capa de hielo cubría sus cuerpos desnudos.

¡Estaban muertos!

Y uno de ellos era Mo.

La sangre de Judd se encendió a pesar del frío reinante. De pronto, se acaloró y cerró los puños con fuerza salvaje para no dejarse dominar por la rabia.,

¡Aquellas masas blancas no podían ser los dioses, sino otra cosa, lo que fuera!

Se estremeció.

Su mente dio la impresión de sufrir una descarga eléctrica y estuvo a punto de caer al suelo desmayado.

¿Qué querían?

No importaba. Él no permitiría que le ocurriera lo mismo que a David y los demás. No, no podía ni debía; era un ser humano y como tal debía luchar contra el mal.

Las rodillas se le doblaron.

—¿Qué hace, doctor? —gruñó David, malhumorado.

—Nada.

—Sí… ¡Se está negando a cumplir con su deber!

—¿Por qué no hablan? —preguntó Judd, haciendo un poderoso

esfuerzo por no dejarse vencer por el dolor.

—Ellos no tienen cuerdas vocales.

—¿Que no…?

David parecía sorprendido por la reacción de Judd así como por la falta de obediencia.

—No, ellos hablan telepáticamente y como su cerebro se resiste no pueden comunicarse.

Judd sintió náuseas.

—No.

—¿Qué dice?

—¡Primero quiero saber lo que buscan y lo que desean de mí! Mientras tanto no permitiré que penetren en mí.

—¡Está loco, doctor! ¡Morirá si se niega!

—¡No!

El dolor se hacía más intenso. Judd creyó enloquecer. Fue a gritar aterrado, pero su virilidad se lo impidió.

¡No suplicaría la vida que le pertenecía por naturaleza!

¡Qué lo mataran si querían!

Dócil como un perro bien enseñado, Slavitt se inclinó sobre él. De pronto, su aspecto había cambiado.

—Doctor…

—¡No!

—Espere, ellos me ordenan que hable con usted. Quieren demostrarle que desean ayudarnos.

Judd parpadeó.

¡También notó que el dolor mitigaba!

—Mire, doctor, no sea tonto. Tiene la oportunidad de ser el hombre más importante de la Tierra, después de Frieda y yo, claro está.

—Hable claro.

—Ellos quieren que usted colabore. Lo necesitan porque ha estudiado la anatomía humana y puede serles de mucha utilidad. No solo para ellos, sino para la Humanidad entera.

—Sí —dijo.

¡Pero no lo pensó de esta forma!

A sus pies había tres cadáveres, tres personas que habían

muerto por el capricho de aquellos seres extraños que ahora reclamaban su ayuda y que para conseguirlo estaban dispuestos a suplicar aunque fuera por medio de Slavitt.

No estaba tan indefenso como creía.

—Muy bien, doctor.

David le ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué quieren?

—Nada, relativamente.

—¿El qué?

—Que abra los cerebros de esos salvajes.

—¿Para qué?

—Necesitan estudiarlos, comprender mejor al hombre y las causas por las que ha cambiado tanto.

Judd miró los montículos de hielo.

¡Eran seres extraterrestres!

Podían engañar a Slavitt, pero no a él. Sin embargo, tampoco podía permitirse el lujo de jugar con ellos como si fueran enemigos indefensos o tontos.

Al contrario, tenían una inteligencia superdotada.

¿Qué harían si llegaban a saber los secretos del cerebro humano? Ahora sospechaba que Hell murió porque su mente no pudo asimilar órdenes extrañas, algo que no había nacido con él.

Esto debía ser lo que les alarmaba.

—¿Va a hacerlo, doctor?

—Sí.

Slavitt sonrió otra vez.

—Lo sabía.

—Sí, lo haré. Pero necesito saber lo que buscan y además utilizar mis propios medios.

David vaciló.

—¿A que se refiere?

—Hay que operar y no podré hacerlo con las manos.

—Comprendo.

Slavitt calló y permaneció silencioso durante unos segundos.

Debía estar emitiendo lo que Judd le había dicho o, más exactamente, serían aquellos seres de hielo los que horadaban su

mente para averiguar todas las novedades que en ella pudieran existir.

Después, David lo miró:

—Están de acuerdo, doctor.

—Muy bien. Antes de una hora podemos estar de vuelta. Creo que antes me precipité.

De nuevo llegó el silencio de Slavitt, aunque esta vez tardó mucho menos en contestar.

—Sí, lo aceptan.

—Muy bien.

—Yo le acompañaré, doctor.

—Como quiera.

Judd dio un paso atrás.

Las masas blancas seguían moviéndose, como el vientre de un animal en reposo.

¡Volvería!

Capítulo VIII

—DOCTOR, podemos llegar al hospital en una décima de segundo.

Judd continuó andando.

—No.

—Bastaría con que los dejara mutar la materia de su cuerpo.

Denegó con la cabeza.

No permitiría que hicieran tal cosa. Ellos querían que les enseñara el interior de un cerebro humanó y para ello estaban dispuestos a concederle ciertas ventajas.

Una de ellas era poder hacer lo que quisiera, todavía…

—Es usted muy terco —añadió David.

—Es posible.

No hizo comentarios.

Los dolores de cabeza habían desaparecido, pero tampoco era libre ya que Slavitt no se apartaba de él y resultaba un magnífico espía con su mente dominada.

Tenía otros planes.

De repente, se detuvo y se giró hacia el piloto.

—¿De verdad es posible hacer semejante cosa, David?

—¿Qué quiere decir?

—Si es cierto que anulan la materia y la trasladan al lugar que ellos desean.

—¡Naturalmente!

—Me resisto a creerlo.

—Ya vio mi cabeza. ¿O no lo recuerda?

Y David quiso continuar. Para ello dio un paso al frente y se colocó de espaldas a Judd.

¡Era exactamente lo que este estaba esperando!

Veloz como el rayo, disparó su mano derecha y el sólido canto de la misma golpeó a Slavitt entre el cuello y el hombro, lanzándolo hacia delante inesperadamente.

Slavitt ni siquiera tuvo tiempo de gemir.

¡Cayó al suelo sin conocimiento!

Judd se cercioró de que no despertaría por lo menos en unos quince minutos.

No necesitaba más para intentar lo que quería.

Se introdujo en la selva y desapareció mientras Slavitt se retorcía en el suelo.

Era un desdichado, un ser humano que no había tenido la suficiente personalidad como para resistir e impedir que aquellos seres se apoderaran de su mente.

* * *

Holly Graig dejó de llorar. En realidad no le faltaron ganas de seguir, pero lo había hecho durante un buen rato y sus glándulas lagrimales ya estaban secas.

Frieda continuaba en el suelo, lamentándose.

¿Dónde estaría Judd?

Poco a poco, se fue izando. Le resultaba imposible continuar en aquel lugar tan siniestro y en compañía de Frieda.

No, si Judd tardaba un poco más ella abandonaría el poblado y, al menos, buscaría la forma de salir de allí a pesar de que se sabía irremisiblemente perdida.

Pero lo último era seguir inmóvil.

—¿Adónde vas? —preguntó Frieda levantando la cabeza.

—Fuera.

—No debes salir.

—¿Por qué?

—Ellos no tardarán en decimos lo que debemos hacer.

Ellos.

De nuevo hablaba de los dioses extraños.

—No pueden prohibirme que tome el aire.

—Pero es mucho más sensato… Tu amigo el doctor puede haber muerto ya por no obedecer.

Holly se estremeció.

—¡Mientes!

—¿Lo quieres, Holly?

—¿Por qué no?

—Te has equivocado una vez más… Creo que esta vez tendrás que arreglártelas tú sola porque yo no pienso intervenir. Moriréis los dos por estúpidos.

—Eres perversa, Frieda.

—Lo que quieras, pero ahora soy más fuerte que tú.

Holly no despegó los labios. La notaba fuera de sí, como enloquecida, y no valía la pena discutir.

Además, no era el momento apropiado.

Bruscamente, Frieda fue sacudida por un espasmo y tuvo que pegar la espalda a la pared de la cabaña:

—¡Oh…!

—¿Qué te pasa, Frieda? —preguntó Holly con humanidad.

Sin embargo, la mujer no contestó.

En lugar de ello, ¡Slavitt apareció dentro de la choza como un fantasma!

Holly se echó hacia atrás aterrada.

Slavitt tenía las pupilas desorbitadas y transpiraba copiosamente, tanto que parecía otro.

¿Qué ocurría?

El piloto miró alrededor y Frieda pareció recuperarse con la súbita aparición de David.

—¿Ocurre algo malo, Slavitt?

—¡El doctor se ha escapado! —exclamó él.

Frieda quedó como atontada, tan sorprendida que no supo qué decir en respuesta.

Holly, por su parte, sintió una viva alegría. Le quedaba la esperanza de que Judd todavía era un hombre normal, además de valiente y sensato. Si había alguna posibilidad de salvarse Judd la encontraría.

—¿Qué dices, David? —preguntó Frieda.

—Me ha golpeado y ha desaparecido.

—¡Ellos se enfadarán!

—Ya lo están.

—¡Hay que encontrarlo!

—Sí, pero creí que habría venido aquí.

—¿Ha tenido tiempo?

—Sí.

—¡Maldita sea! —exclamó Frieda sin el menor miramiento.

Los habían convertido en dos monstruos asesinos.

Aterrada, lívida, Holly no osó moverse.

—¿Qué hacemos, Frieda?

—Buscar.

Slavitt no se entretuvo en contestar. Rápidamente abandonó la cabaña y salió al exterior. Lo único que necesitaba era dar con él y luego «ellos» se encargarían de castigarlo.

Pero como no dominaban sus mentes tenían que hacerlo por los métodos normales.

Holly los vio salir y asomó la cabeza.

Le parecía imposible que Judd la hubiera abandonado para huir solo. No, era imposible que Judd hubiera hecho semejante cosa.

Abandonó la cabaña.

David y Frieda se dirigían hacia un lado de la selva, seguramente para ir al hospital.

Instintivamente, fue a llamarlos.

Pero una mano se posó en sus labios y le impidió hasta el más leve estertor.

Daba la impresión de que el corazón le iba a saltar del tórax, pues el ritmo de pulsaciones era muy elevado.

Unos brazos potentes, sólidos, la hicieron girarse.

¡Era Judd Oakes!

Sus ojos bailaron en las cuencas.

¡No podía haber recibido mayor alegría!

El médico la dejó la boca libre y entonces pudo decir:

—Judd, no sabes cuánto…

—Silencio, Holly.

Los dos callaron. Judd tiró de uno de sus brazos y la condujo entre las cabañas hacia el lindero de la selva, pero en dirección distinta a la tomada por los otros dos seres de su misma raza.

Luego, rodearon el poblado.

—Ellos están por aquí, Judd —dijo la muchacha.

—Hay que correr el riesgo, Holly.

—¿Qué ha pasado?

—Es muy largo de explicar. Ahora corremos y luego hablaremos.

—Entiendo.

Era natural el ansia de saber de Holly.

Avanzaron durante un buen rato, hasta que no tuvieron otro remedio que detenerse y descansar sobre el tronco de un árbol caído entre la maleza. Lo cierto era que sus resistencias estaban llegando al límite.

—No puedo más, Judd.

—Estamos llegando.

—¿Adónde?

—Al río.

—Sí, ahora está, Holly.

—Frieda y Slavitt pensarán lo mismo. Habrán ido al hospital y desde allí nos verán.

—Esperemos que no.

—¿Por qué huimos, Judd?

—Seres de otro planeta; Júpiter tal vez.

Holly puso los ojos en blanco.

—¿Qué dices?

—Lo que he averiguado. No sé mucho más pero tampoco lo necesitamos. Frieda y Slavitt no saben lo que hacen, los tienen dominados.

—¿Y Hell?

—También, pero murió. Es esto lo que les preocupa y, por ello, quieren que yo abra el cráneo de un ser humano.

Holly cambió de color.

—¿Vas a hacerlo?

—No, claro que no. Al menos voluntariamente. Supongo que

todavía tienen mucho más poder de lo que han demostrado. Lo único que necesitan para apoderarse de nuestras mentes sin la menor complicación es que sepan todo lo que concierne al cerebro.

—¿Como son, Judd?

—Mejor que lo ignores, Holly.

Holly rodeo con sus manos unos de los de los brazos del joven y se pegó a él cariñosamente.

—¿Saldremos de aquí, Judd?

—Sí… Y mejor será que no perdamos más tiempo.

Oakes se puso en pie, la abrazó por el talle y continuaron por el camino que habían tomado.

Un rato después, llegaron a la orilla del Amazonas y avanzaron por ella pisando el agua y ocultándose entre los arbustos.

—¿Adónde vamos, Judd? —preguntó ella.

—Al hospital.

—Pero…

—No te preocupes; creerán que estamos en la selva.

—Luego, ¿podemos huir?

—Sí. Pero he de hacer unas cosas antes.

Holly se asustó.

—¿El qué?

—Todavía no lo he pensado.

Judd mentía.

En cuanto vio aquellas criaturas extrañas y maléficas ya supo cuál era su deber. Sin embargo, no quería decírselo a ella para que no se asustara.

De ahí que primero quisiera ponerla a salvo.

Por fin, alcanzaron algo similar a una ensenada y en ella vieron una docena de canoas indígenas, todas ellas varadas con la proa sobre la tierra firme.

—Hemos llegado, Holly.

—¿Qué va a pasar?

—Nada… ¿Ves aquella embarcación del fondo? La más grande.

—Sí.

—Bien, yo voy a ir al hospital y tú correrás hacia ella. Te escondes y no salgas de ahí para nada.

—Sí, Judd.

—En el caso de que a la noche no hubiera regresado te marchas río abajo —añadió él.

—¿No lo dirás en serio?

—Sí, es lo mejor.

—Judd, vámonos ahora.

—No puede ser. Piensa que no solo se trata de nosotros sino del mundo entero.

Holly bajó la mirada.

¿Por qué tenían que ser ellos los que se arriesgaran?

Por un instante fue egoísta. Luego, pensó sensatamente que Judd deseaba cumplir con su deber de hombre.

Era lo que debía hacer.

—Bien, Judd.

—De acuerdo.

Judd le puso una mano en la espalda y ella echó a correr hacia la embarcación mientras Oakes lo hacía por el camino que conducía al hospital.

¡Lo más probable era que no volvieran a verse!

Judd caminó con paso rápido. Debía darse prisa y hacer las cosas antes de que aquellos seres dominaran su mente.

Pero si lograba salir con vida explicaría lo sucedido a las autoridades para que ellas decidieran al respecto y dieran una batida por toda la selva. Entonces recordó la cámara.

No la llevaba en las manos.

Ahogó una imprecación de mal genio.

¡La única prueba positiva se había perdido!

Enfadado consigo mismo, continuó hacia el hospital.

Frieda y Slavitt podían estar en cualquier otra parte. Aquellos seres los hacían aparecer y desaparecer al instante, pero también necesitaban localizarle a él primero.

Vio el edificio del hospital y las abandonadas cabañas del poblado.

Y en el centro, tumbado de espaldas, yacía el cuerpo de un hombre blanco que Judd reconoció al instante.

Era David Slavitt.

Al principio, Judd se ocultó pero luego vio que Slavitt no se movía en absoluto.

Daba la impresión de estar muerto.

¿Y Frieda?

Ambos eran igualmente peligrosos porque sus mentes estaban controladas y todo cuanto pensaran era recogido inmediatamente por los seres de hielo venidos del espacio.

No pudo abandonar a Slavitt y salió de su escondrijo, sin embargo.

Los párpados de Slavitt se estremecieron.

Aún vivía.

—David —dijo el joven, acercándosele.

El hombre le vio. Tenía el rostro crispado y la piel de un ligero color oscuro, como si estuviera descomponiéndose antes de que su corazón dejara de palpitar.

Negó con la cabeza.

Quería decirle algo con sus últimas fuerzas.

Judd llegó a su lado y se arrodilló.

—¿Qué le pasa, Slavitt?

—Fuera… ¡Váyase!

—Puede estar herido…

—No. Ellos vendrán… Aún tiene tiempo…

A Slavitt le quedaba muy poco de vida. Tenía el mismo aspecto que el cadáver de Hell.

Y estaba frío, casi helado.

Judd comprendió que no podía ayudarlo y que el hombre insistía en que se fuera porque allí corría un grave peligro.

Fue a hacerlo.

¡Entonces notó una cálida respiración en su nuca!

Se giró rápidamente y vio a Frieda Preasand situada a su espalda.

Era indudable que «ellos» la habían enviado al leer la mente de Slavitt y saber dónde se encontraba.

—Comete un error, doctor —dijo ella, sin parpadear.

—No sea loca… Slavitt está muy mal y debemos…

Pero Frieda, o lo que hubiera dentro de ella, le cortó en seco

añadiendo:

—Lo tiene bien merecido.

—¿Por qué? — indagó Judd, asombrado.

—Lo dejó escapar.

—Eso no es cierto. Tropezó y cayó al suelo. Yo he seguido solo para cumplir la orden cuanto antes.

Notó que Frieda vacilaba. Su cerebro hacía de transmisor y «ellos» debían estar sopesando estas palabras.

De pronto, Frieda lo miró de muy mal modo y adujo:

—¿Y Holly? ¿Dónde la ha escondido? Acabo de regresar del otro poblado y Holly ha desaparecido.

—No sé, estará escondida…

Frieda volvió a quedar silenciosa. Levantó los ojos y dio la impresión de mirar al cielo.

¡Todos los músculos de su cara se tensaron!

Recibía órdenes.

Judd tragó saliva. Lo que iba a hacer no era de su agrado y sería la primera vez, pero no tenía otro camino.

Su mejor arma era que los extraterrestres no supieran dónde se hallaba ni lo que quería hacer.

Rápidamente, levantó el brazo derecho y su puño golpeó la mejilla derecha de Frieda a la que derribó como si fuera de paja.

Vio que la mujer ponía los ojos en blanco y caía al suelo.

Aún se entretuvo en asirla para que no se lastimara. Después, la depositó en la tierra y volvió la cabeza hacia el cuerpo de Slavitt.

Lo que descubrió le hizo estremecer.

David Slavitt, como Hell, estaba muerto y prácticamente congelado. Su cerebro había sido incapaz de resistir las maniobras de los seres de hielo. La mente humana no aceptaba intromisiones violentas en su punto neurálgico y se destruía automáticamente.

Aterrado, decidió aprovechar los escasos segundos que tenía de tiempo antes de que la reacción del adversario lo aniquilara definitivamente.

A grandes zancadas se dirigió al centro del hospital.

Penetró en él y buscó en las dependencias interiores.

Al salir, segundos más tarde, llevaba dos latas en las manos y corrió hacia la selva.

¡Era la última oportunidad!

No se volvió.

Solo lo hizo cuando estuvo oculto entre la maleza y seguro de que no podían verle.

El hospital, así como todas las cabañas del poblado, habían desaparecido.

Eran ellos quienes empezaban a perder la paciencia.

Y, según parecía, estaban dispuestos a borrar toda la selva de la región con tal de encontrarlo.

Pero la verdadera alarma sonó para Judd cuando vio a Frieda que se ponía en pie, recuperado el conocimiento. Su peor enemigo era otro ser humano, precisamente porque veía y oía.

Si daban con él la venganza de «ellos» sería fatídica.

Se puso en movimiento. Con las dos latas bien asidas, se izó y empezó a correr.

¡Cuanto antes mejor!

Hizo ruido.

Frieda lo oyó y no dudó en correr hacia allí.

¡Ganaría el más astuto!

Capítulo IX

RESPIRÓ con dificultad y tuvo que detenerse, porque sus pulmones se ahogaban.

Alguien venía tras él, pero no tardaría en verse obligado a hacer lo mismo.

Judd estaba al borde del agotamiento total, tanto físico como mental, y no podía dejarse llevar por el cansancio. En cada lata llevaba cinco litros de alcohol del que usaba en el hospital para desinfectar los instrumentos.

¡Aquella era su arma!

La selva ardería por los cuatro costados, si Judd tenía tiempo y la oportunidad de encender el alcohol a su debido momento.

Y el fuego destruiría aquellas masas de hielo.

Por lo menos, era lo único que podía hacer.

De pronto, Frieda apareció frente a él, aunque sin descubrirlo. La mujer estaba sudorosa e iba llena de arañazos.

En su rostro se denotaba una gran excitación.

El esfuerzo mental que estaba haciendo debía ser muy poderoso. Ellos no querían un nuevo fracaso.

¡Lo buscaban con todos sus medios!

Judd contuvo la respiración para que los jadeos no le delataran, pero Frieda se detuvo en aquel lugar y se apoyó en un árbol. Llevaba hasta las ropas rasgadas.

La miró.

Estaba en un serio aprieto, puesto que, en cualquier instante, Frieda podía notar su presencia.

Poco a poco, estiró un brazo.

El viento soplaba hacia el sur, por lo que parecía estar del lado del médico.

Con extrema lentitud, abrió uno de los recipientes y lo ladeó.

El alcohol resbaló por el lado exterior de la lata y empezó a empapar la tierra.

Pasaron unos segundos.

Frieda seguía en el mismo lugar, descansando.

De pronto, se envaró y miró hacia dónde él se encontraba. Todo parecía indicar que presentía su presencia.

El líquido inflamable gorgoteó al salir con rapidez.

—¡Doctor! —llamó Frieda.

Y empezó a andar.

Ellos ya sabrían que lo había descubierto y, por lo tanto, no había tiempo que perder.

Judd soltó el recipiente e introdujo una mano en el bolsillo del pantalón. Sus dedos, frenéticamente, asieron la caja de fósforos y la sacaron con toda rapidez, mientras la otra mano empuñaba el asa de la otra lata entera y la atraía hacia sí.

Frieda llegó junto a él.

—¿Que hace? —bramó.

Judd la vio con las facciones desencajadas y no vaciló en encender el fósforo.

Ella lo vio.

—¡Se ha vuelto loco!

—No… ¡Apártese!

Con un pequeño fogonazo el fósforo se encendió y él lo lanzó contra el suelo y la maleza empapada de alcohol.

Frieda dio un paso atrás, mientras exclamaba:

—¡Fuego! ¡Ha…!

De pronto, Judd tuvo una sensación de vértigo, dejó de oír las voces de la mujer y fue como si de repente se viera transportado a un lugar muy lejano.

No se equivocaba.

No había tenido tiempo de cerrar los ojos cuando todo cambió a su alrededor y vio ante sí las dos formas heladas que tantos

trastornos habían causado.

Localizado por Frieda, lo habían llevado hasta allí…

Judd se vio perdido.

Y, súbitamente, le acometió un terrible dolor de cabeza, que le hizo vacilar y doblar las rodillas.

Las formas de hielo se movían mucho más que la primera vez que las vio acompañado de Slavitt. No había duda que la alarma había sonado para ellas y se hallaban en peligro.

El fuego podía destruirlas.

Judd se llevó las manos a la cabeza.

¡Notó entonces que en ellas llevaba la caja de fósforos y el recipiente lleno de alcohol!

La alegría que sintió fue inmensa, más fuerte incluso que aquel dolor brutal que sentía en el cráneo.

Unos segundos más y sería demasiado tarde.

A desprecio del dolor, abrió la caja y encendió un fósforo.

Las masas de hielo se agitaron.

¡El dolor aumentó!

Judd tuvo que apretar las mandíbulas para no soltar un rugido y revolcarse por el suelo.

Quitó el tapón de la lata y la tiró al suelo.

El alcohol se desparramó por el suelo, y uno de sus brazos avanzó hacia las formas de hielo.

Unos rugidos deformes, demoníacos, se elevaron en el claro de la selva.

Judd tiró el fósforo encendido y este cayó sobre el alcohol que se inflamó al instante con una pequeña explosión.

Pronto sabría si su idea daba buenos resultados.

Se movió en el suelo e intentó alejarse de allí, pero las fuerzas le fallaron y se vio inmovilizado en el suelo mientras las lenguas de fuego tomaban incremento y se acercaban veloces al hielo extraterrestre.

¡Más gritos, más dolor!

Algo chisporroteó.

Era aquel hielo extraño que ya se sentía mordido por su enemigo el fuego. Judd lo vio derretirse y formar como un charco que la tierra pronto hacía desaparecer.

Apoyó la cabeza en el suelo.

Si seguía doliéndole de aquella manera, moriría; estaba completamente seguro de ello.

Elevó un poco la mirada y vio una columna de humo negro que se levantaba hacia el norte y venía hacia ellos rápidamente.

Era el incendio que había provocado con la otra lata.

La maleza, reseca por la falta de agua en aquella época del año, no tardaba en arder y al mismo tiempo propagar el fuego por la selva interminable.

Se giró hacia los monstruos del espacio y observó que se habían desplazado de lugar, aunque siempre perseguidos por el fuego.

Judd, repentinamente, notó que la cabeza no era sacudida ya por aquellas descargas mentales.

Se puso en pie.

Los árboles a su alrededor ardían.

¡El fuego se incrementaba a una rapidez insospechada!

Las masas de hielo parecían estremecerse y querían huir. Sin embargo, estaban rodeados de maleza ardiente y no podían.

Por último se contrajeron fundiéndose en una sola y cada vez de un tamaño menor.

El fuego las aniquilaba poco a poco.

Judd se movió hacía atrás. Él también debía salir de allí, si no quería caer en su propia trampa y morir carbonizado.

Le dolió no poder ver el espectáculo con tranquilidad. Pero uno de los árboles carcomidos por el fuego se partió en dos y tuvo que saltar para que no le cayera encima.

Las ramas del arbusto cayeron sobre la masa de hielo.

Pronto aquella zona estaría convertida en un lugar carbonizado, de tierra agrietada y llena de cenizas ardientes que tardarían varios días en apagarse del todo.

¡Todo vestigio de vida, terráquea o no, desaparecería para siempre!

El fuego iba tomando proporciones dantescas a su alrededor. La atmósfera se había calentado hasta un extremo asfixiante incluso para Judd.

Empezaba a toser cuando pudo apartarse de aquel lugar.

Luego, a trompicones, tuvo que dar un gran rodeo para que el

incendio no lo cercara.

Aún tenía algo que hacer antes de reunirse con Holly: Frieda.

Pero no se hizo muchas ilusiones por la suerte que pudiera haber corrido la acompañante de Holly.

No se equivocó, pues al acercarse al lugar en cuestión la selva ardía como una gigantesca antorcha.

No había nada con vida.

Judd la llamó repetidas veces sin obtener respuesta. Luego, comprendiendo que Frieda habría corrido la misma suerte que Slavitt, emprendió el camino del hospital.

No, era verdad. Unos seres de otro planeta, con intenciones poco amistosas, no habían vacilado en matar para adueñarse de las mentes de hombres que poblaban el planeta.

¿Los habían confundido con animales irracionales?

No, porque él se había negado a acatar órdenes, les desafió y los había vencido en la lucha de la supervivencia.

Cuando llegó cerca del río vio que el hospital y las cabañas estaban en el sitio de siempre.

El cadáver de Slavitt yacía de espaldas.

—¡Judd!

Al oír que lo llamaban miró hacia el río y vio a Holly que corría a su encuentro.

La esperó con los brazos abiertos, y ambos jóvenes se fundieron en un abrazo.

—Judd, ¡Dios mío!

—Ya pasó, Holly —repuso él al tiempo que le apretaba la espalda y sentía el calor del cuerpo femenino.

El pasado quedaba atrás. O por lo menos así lo pensó en aquel instante de dicha inigualable.

Después, Holly vio el cuerpo del piloto y se estremeció.

—¡Es David!

—Sí.

—¿Está…?

—Ha muerto, Holly. Pero tal vez haya sido mejor. Nunca sabremos los trastornos que había sufrido en su mente. Incluso podía haberse convertido en una amenaza para toda la Humanidad de seguir con vida.

—¡Qué horrible!

—Creo que la Humanidad debe prepararse para estos casos, Holly.

—Habrá que decir lo que ha ocurrido.

—¿Lo creerán?

—No lo sé, pero lo intentaremos.

—Sí, lo intentaremos… Anda, regresa al bote y espérame allí —terminó diciendo Judd.

Luego, fue al hospital y preparó todas las provisiones que podían llevarse pues el fuego todavía tardaría unos minutos en llegar hasta aquel lugar.

Y más tarde enterró a Slavitt en la selva. Hizo una pequeña tumba y lo cubrió de tierra.

Slavitt, así como todos los que habían perecido, habían sido víctimas inocentes aunque colaboraran con los seres del espacio.

¿Espacio?

Por un instante Judd se imaginó la cara que pondría el jefe de la policía brasileña cuando le explicara lo sucedido.

Lo más probable es que lo mandara al diablo o lo encerrara en una celda por demente.

Pero no debía callar lo ocurrido.

Regresó con Holly y juntos emprendieron la marcha siguiendo la corriente del Amazonas.

Por lo menos, había encontrado algo de mucho valor: una muchacha dulce y cariñosa como Holly.

EPÍLOGO

MANAOS, un mes más tarde…

En la ciudad hacía un calor espantoso, tal vez más agudo y molesto que en plena jungla amazónica.

El taxi dejó de rodar por el centro del asfalto y se acercó al edificio de la derecha donde estaba situada la jefatura de policía de la región. Del vehículo descendieron dos personas jóvenes: un hombre y una mujer.

Él llevaba una cartera en la mano y los dos parecían preocupados.

Judd Oakes pagó la carrera y se volvió hacia Holly.

—¿Lista?

—Sí, Judd.

—Bien, ahora sabremos lo que deciden.

—Estoy convencida de que no van a hacernos el menor caso, ni ahora ni nunca.

—Es posible.

Asidos del brazo, penetraron en el edificio y se dirigieron en línea recta hacia el despacho del inspector Farranz.

Llamó Judd a la puerta.

—Adelante —replicó una voz enérgica y ligeramente gangosa.

Abrió el joven y cedió el paso a Holly Graig, cuyo aspecto había cambiado bastante desde que salieron del poblado. Había logrado ponerse en contacto con su padre y aquella misma noche partían para Nueva York.

Lo único que querían ahora era que alguien creyera lo que les

había sucedido y que tomara cartas en el asunto. Eran datos científicos muy importantes.

El inspector Farranz, un hombre cuarentón, grueso y de ancho bigote negro, los saludó con una sonrisa.

—¡Hola, señor Oakes!

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, señorita Craig.

—Hola.

—Tomen asiento, por favor —dijo el policía.

Los dos jóvenes obedecieron.

Tenían prisa. Holly, además, no mantenía ninguna esperanza. Solo Judd tenía aún la creencia de que Farranz les creería.

Pero Farranz no tenía cara de dar buenas noticias. Fue hasta la silla situada tras la mesa de despacho y se llevó la punta de un lápiz a los labios.

—Supongo que vendrá por el asunto aquel de los hombres de hielo, ¿verdad, doctor Oakes?

—Sí. Usted me dijo que volviera hoy, que habría hablado con sus superiores y ellos dictaminarían si debían dar parte a Río de Janeiro para un estudio más completo.

—Sí, es verdad.

—¿Y…?

—Pues lo siento, doctor, pero no parece que haya nadie interesado en lo que nos ha contado.

—¿Por qué?… ¡Yo lo vi con mis propios ojos y varias personas murieron!

—Ellos no lo creen así.

—¿Y usted?

Farranz sonrió.

—Bueno, eso es aparte. Además lo que piense al respecto no va a ayudarle mucho. Desde luego que usted no me parece un hombre capaz de inventar una historia semejante y el accidente fue verdadero.

—¿Y el incendio?

—Mis superiores piensan que hay centenares de ellos todos los años.

—¿Por qué no hablan con los habitantes de esos poblados?

—Demasiado costoso. Habría que formar una expedición y recorrer muchos kilómetros para encontrarnos con que la gente no sabría nada ni querría saber.

Judd abatió la cabeza.

—Entonces…

—Mejor regresen a los Estados Unidos cuanto antes. Pienso que les conviene variar de ambiente.

—Tal vez…

—No lo dude, doctor.

El inspector se puso en pie. Se adivinaba, al instante, que no quería hablar más sobre el asunto.

—Sí —asintió, con algo de rabia.

¿Por qué los hombres habían de ser tan incrédulos, en ocasiones?

Estrechó la mano del inspector y se despidió de él.

Holly hizo lo mismo.

Salieron del edificio y, en silencio, caminaron unos minutos por la calle.

¿Cómo iban a olvidar a Slavitt, Frieda, Hell y los cuerpos de los nativos muertos?

Imposible.

A partir de aquel instante, Holly y Judd pertenecerían al grupo de personas que todas las noches, antes de acostarse, se asomarían por las ventanas de sus habitaciones para mirar al cielo y preguntarse si otros seres de hielo venían hacia la tierra.

¿Acaso era imposible?

No.

El futuro demostraría que no.

—Judd. ¿Por qué no dejas de pensar en ello?

—Estoy haciendo todos los posibles, pero me resulta imposible. Hubo muertes y…

—Tal vez la próxima generación descubra la verdad.

—Solo nos cabe esperar que así sea.

—Verás como lo consiguen, Judd.

El joven sonrió por los ánimos que le daba la muchacha.

Y la miró a los ojos.

Holly era hermosa, tanto como la vida.

—Holly, ¿sabes que estás muy guapa?

—¡Vaya, menos mal que te has dado cuenta!

La enlazó por el talle y caminaron con más rapidez. Se les notaba a la legua que estaban enamorados.

—Holly, te quiero —susurró él.

—Yo también, Judd.

—¿Le has dicho algo a tu padre?

—Todavía no.

—Mejor… Así le daremos una sorpresa.

Holly rio.

Y se detuvieron de pronto, mirándose al fondo de los ojos, ¡buscando la vida eterna en el amor mutuo!

Debieron hallarla porque se olvidaron de que estaban en una calle y se besaron apasionadamente.

Los seres de hielo no habían podido con las fuerzas majestuosas del amor y la valentía de los seres humanos.

FIN

Louis G. Milk

Sus propios pobladores en su locura
habían condenado a muerte
aquella tierra de sus mayores.

